8 12

EL

ORBE LITERARIO,

PERIODICO

DE CIENCIAS, LITERATURA Y BELLAS-ARTES.

TOMO PRIMERO.

Octubre, Noviembre y Diciembre de 1837.

PARIS,

EN LAS OFICINAS DEL PERIODICO,

27 bis, RUE DE LA CHAUSSÉE-D'ANTIN.

1837.



SECCION PRIMERA.

CIENCIAS.

NOTICIA

Sobre los libros y cartas geograficas impresos en relieve en los Estados-Unidos, para la ensenanza de los ciegos de nacimiento: leida en la seccion de Ciencias morales y politicas del Instituto Real de Francia, el 4 de febrero de 1837, *por* D. RAMON DE LA SAGRA, *miembro corresponsal* (1).

Durante mi viaje por los Estados de la confederacion americana del norte, mê he ocupado en estudiar los medios allí adoptados para mejorar la condicion social de los ciegos de nacimiento. Tres son los establecimientos consagrados á este filantrópico objeto. El mas antiguo, que es el de Boston, apenas tiene cuatro años de existencia, y debe su origen á los esfuerzos del Dr. J. D. Fisher, que en 1827 concibió el plan y obtuvo el

(1) En varios periódicos se han publicado extractos de este trabajo, pero sumamente concisos y á veces inexactos.

permiso de formar una sociedad filantrópica. El Dr. Howe fué comisionado para venir à Europa á estudiar los metódos de enseñanza, y á su regreso en el mes de agosto de 1831 se abrió el establecimiento. Contenia, en la época de mi viaje (agosto de 1835) (1) veinte hombres y veintidos mugeres, y se egecutaban las obras necesarias para admitir hasta ciento. Es curioso é interesante hacer aquí mencion, que habiendo M. Perkins ofrecido la hermosa casa y terreno que ahora ocupa el establecimiento, para cuando la asociacion hubiese adquirido el fondo permanente de 50 mil pesos, el vecindario de Boston, ó mejor dicho, diez patricios distinguidos, se apresuraron á satisfacer la claúsula condicional con la suscripcion de aquella suma. Las señoras imitaron tan bello egemplo; las Legislaturas de Connecticut, de Vermont, del Maine, de New-Hamsphire, etc., auxiliaron con fondos proporcionados para la enseñanza de cierto número de alumnos, y con tal celeridad se comunicó este movimiento de emulacion patriótica, que en 1834 pudo la casa de Boston disponer de cerca de 58,000 pesos de renta.

El establecimiento de New-York debe su origen al zelo filantrópico de MM. Samuel Akerly y Samuel Word, que en 1831 animaron à muchos habitantes respetables á formar una asociacion. Los tres primeros niños enseñados se monstraron al público á fines de 1832, repitiéndose así las interesantes escenas que habia presenciado Boston en 1831, y que produjeron en favor de las casas de ambas ciudades el movimiento favorable de entusiasmo que las sostiene.

La mas reciente de todas es la de Filadelfia, creada en el mes de febrero 1833, tambien por la filantropía de vecinos respetables, con un fondo permanente de 3,600 pesos y una renta annual de cerca de 2,000, todo producido por suscripciones. En el mes de noviembre se verificó el primer egercicio, ante un público ilustrado que, convencido de las ventajas de la naciente institucion, se apresuró á suministrarle los medios necesarios para su conservacion y prosperidad.

---

(1) Esta fecha se refiere á la del viaje del Sr. Sagra, en 1835.

Fundadas las tres mencionadas casas por el zelo de los particulares, las Legislaturas de los tres estados correspondientes, Massachussets, New-York y Pensilvania, concedieron fondos apropiados à la enseñanza de cierto número de alumnos, pero sin intervenir en la administracion de los establecimientos, que quedó confiada á sus fundadores. Sabio egemplo constantemente seguido en las instituciones filantrópicas de los Estados-Unidos, y que deberia ser igualmente imitado en Europa, donde por una parte la manía de los gobiernos en mezclarse en todo, y por otra la indolencia de los particulares, que como meros pupilos lo esperan todo de su gobierno, impiden á aquellos la creacion de instituciones útiles, y hacen decaer, por falta de zelo y vigilancia, las sostenidas costosamente por este. Se espera que los medios adoptados en los estados dichos, luego que se hallen generalizados en los demas, proporcionarán la enseñanza á 5,385 ciegos, que segun el último censo ofrece la poblacion total; y á tal termino se diririgen los planes de los hombres filantrópicos de aquel pais.

Concretándome al establecimiento de Boston, he indicado en mi Diario de Viaje las mejoras que en él se han obtenido en el arte de imprimir los libros y las cartas en relieve; pero réflexionando que las simples explicaciones no bastan para dar á conocer bien el grado de perfeccion de los objetos obtenidos en este género en la Nueva-Inglaterra, he concebido la idea de presentar á la Academia de ciencias morales y políticas, algunos de estos libros y cartas, con la esperanza de que los examinará con satisfacion, y que podrán sacarse algunas ventajas de la comparacion entre los medios empleados en los Estados-Unidos y los practicados en Paris hace muchos años.

Comenzaré, señores, observando que la forma ordinaria de los caracteres usados en la Institucion Real de jóvenes ciegos, me parece fundada sobre el principio erróneo que supone que lo que es facil a la percepcion de la vista puede serlo igualmente á la del tacto. Y me creo autorizado á creerlo así, porque sin la menor modificacion se hallan destinados en Paris para enseñar á leer á los ciegos, los mismos caracteres que se emplean en la escritura comun. Pero aquella suposicion es inexacta, por que la vista

juzga por las formas y distingue bien las modificaciones del contorno, al paso que el tacto se halla expuesto á equivocarse, cuando el contorno y el relieve no son bien distintos en dos letras diversas. Puede uno convencerse de esta diferencia, examinando por ambos medios de percepcion las letras *c*, *e*, y *o*; las *b* y *h*, etc., y se conocerá que si son faciles de destinguir al ojo, no lo son lo mismo al tacto. Por este defecto, los libros impresos en la Institucion Real de Paris ofrecen en general una prominencia redonda y casi uniforme en el lugar de las vocales *a*, *e*, *o*, la consonante *c*, etc.

Otro defecto que presentan las impresiones francesas, viene de que el relieve no resulta del solo contorno ó trazo de la letra, sino de la totalidad del espacio que en el papel ocupa; así la parte que es hueca se halla tambien en relieve, y de consiguiente solo el contorno exterior, si fuese límpio, podria dar idea de la figura de la letra. Esto procede pues de la forma de los caracteres en sí mismos y del espesor del papel empleado en las impresiones.

Si se considera que los dedos del ciego no tocan mas que el vértice del relieve, se conocerá que no es necesario un saliente fuerte en las impresiones, sino fino, límpio y perceptible. El defecto que indico trahe consigo ademas el inconveniente de aumentar el espesor de los libros, y de hacer muy grosera su encuadernacion.

Finalmente, la forma viciosa de los caracteres franceses y su disposicion en líneas demasiado separadas, hace que los libros resulten sumamente gruesos en proporcion á la materia que contienen.

M. Howe, director de la institucion de Boston, se ha propuesto corregir los defectos de las impresiones en relieve, y con este interesante fin ha obtenido ya mejoras considerables.

Echando una mirada sobre los volúmenes que tengo el honor de presentar á la Academia, se descubren fácilmente las modificaciones introducidas en la forma de los caracteres, en su disposicion en líneas, en la fuerza del relieve, en la limpieza de la impresion, y en la belleza de la encuadernacion. Las vocales

a, *e*, *o*, y la consonante *c* se distinguen perfectamente, así al tacto como à la vista, y modificaciones en la forma, semejantes á las que presentan estas letras, se han adoptado para no confundir la *b* y la *h*, la *f* y la *t*, etc., etc.

Otra modificacion en la disposicion de algunos caracteres, aúnque excesivamente simple y que en nada perjudica á las reglas de la ortografía, produce una economía de mas de la mitad en el ancho de los espacios que es preciso dejar entre los renglones. Estos espacios son anchos en las impresiones comunes, por causa de las colas ó apéndices superiores é inferiores que tienen las once consonantes siguientes:

b. d. f. h. k. l.—g. j. p. q. y.

En los libros americanos se advierte que ninguna letra pasa de la línea inferior del renglon, pues se colocan sobre él las cinco que tienen apéndices inferiores. De consiguiente desaparece el obstáculo para aproximar los renglones una mitad mas que en las impresiones ordinarias.

Puede óbservarse tambien que el relieve de las letras, aunque menos fuerte en realidad que en los caracteres franceses, es sin embargo mas perceptible al tacto, porque es limpio, agudo y de una fuerza igual, tanto en el contorno esterior como en el interior de la letra impresa. El papel queda tan aplanado en la parte hueca de esta como en su rededor, de modo que solamente aparece saliente el rasgo que constituye su figura, y no la totalidad, como en las impresiones de Paris.

En fin puede observarse la finura del pápel, la limpieza y la igualdad de la impresion, y la belleza de la encuadernacion, comparativamente á la que se egecutaba en esta especie de libros en relieve.

Trataré ahora de apreciar la influencia de todas estas mejoras reunidas.

La modificacion en la forma y en la disposicion de los caracteres, permite introducir 787 de los americanos en una página de 8 pulgadas de altura y 7 de ancho; es decir en 56 pulgadas de

superficie, cuando en el mismo espacio no entran mas que 408 franceses y 509 de los angulares inventados en Edimburgo.

En cuanto al volúmen, 76 páginas de los libros franceses tienen mas de dos pulgadas y media de espesor, y el mismo número de páginas en los de Boston, no excede de pulgada y media. Estas dos reducciones, es á saber: la producida por los caracteres y la conseguida por el uso de un papel mas delgado, dan una total de tres cuartos de volúmen de los libros franceses en favor de los americanos, siempre suponiendo igual materia contenida en ambos.

Relativamente á la forma del cuerpo de los caracteres, debo observar que en los Estados-Unidos no se ha adoptado la de martillo, usada en la Institucion Real de Paris, sino la de simples paralelipípedos de los caracteres de la tipografia ordinaria, aunque mucho menos pesados que los que tambien emplea el establecimiento francés. Esta variacion en la forma de los tipos destinados á los ciegos, parece fundarse en la suposicion errónea de que su tacto sea mas grosero que el de los individuos dotados de vista, ó ellos mas torpes en la práctica mecánica del arte tipográfico. Ademas la forma de martillo de los caracteres produce el inconveniente del gasto de construir cajuelas de listones donde colocarlos para formar las páginas, y una perdida considerable de tiempo para el operario ciego.

Me he propuesto tambien apreciar la ventaja relativa de los caracteres americanos, con relacion á la cantidad de metal que exigen comparativamente á los empleados en Francia. He aquí los elementos y las consecuencias de mi cálculo, habiendo formado para ello alfabetos de 26 caracteres simples, y numerarios de 10 cifras, tanto de la forma de martillo como de la forma paralelipípeda.

Alfabeto de caracteres de forma de martillo; mayúsculas francesas,	8 onzas	1 dracma.
— minúsculas,	7	»
Alfabeto de caracteres de forma paralelipípeda: mayusculas francesas,	13	4

— minúsculas,		9	5
Alfabeto americano,		6	»
Numerario francés,	forma de martillo,	2	6 1/2
—	— forma paralelipípeda,	3	5
Numerario americano,		2	4

Supongamos con estos datos cuatro páginas compuestas con caracteres franceses de forma de martillo, á razon de 408 por página; el peso de dichas 4 páginas seria de cerca de 30 libras, al paso que la misma materia compuesta con caracteres americanos pesará poco mas de 23 libras. Pero como en una página de las expresadas caben 787 caracteres en el lugar que ocupan las 408 franceses, résulta la relacion entre las superficies ocupadas por una misma cantidad de materia, proximamente como 4 á 2 y medio, y de consiguiente la materia compuesta en 4 páginas con caracteres franceses ocuparia solo dos y media ó poco mas de la mitad con caracteres americanos.

La egecucion de las cartas geográficas para el uso de los alumnos de la escuela de Boston, ha obtenido mejoras notables, como se puede observar en las muestras que tengo el honor de presentar á la Academia. Tiradas sobre planchas metálicas, ofrecen todas las ventajas que pueden desearse, en la limpieza de los contornos y en la perceptibilidad de los nombres y números. La mar es tambien fácil de distinguir de los continentes, porque está rayada menudamente; lo cual era esencial para el alumno ciego que, recorriendo con los dedos las superficies, debe, tan pronto como si tuviera vista, distinguir la mar de la tierra para referir los contornos de las costas á la una ó á la otra.

Para no molestar mas la atencion de la Academia, no entraré en otros pormenores, ni tampoco expondré las diferentes prácticas que he tenido ocasion de observar en los establecimientos de la Union. Creo haber desempeñado el reducido plan que me habia propuesto, explicando con egemplos las mejoras obtenidas en los Estados-Unidos, en la impresion de los libros y cartas geográficas en relieve para el uso de los ciegos; y me he decidido á esto, porque ni las explicaciones que contiene mi Diario de Viaje,

ni los estractos publicados por el distinguido profesor M. Dufau, me parecen suficientes para dar bien á conocer las ventajas que presentan (1).

Ramon de la Sagra

---

(1) Despues de haber comunicado las mejoras obtenidas en los Estados-Unidos, y que explica esta noticia, á la Institucion Real de Paris, han venido á esta capital varios profesores belgas á quienes he comunicado los libros, cartas y tipos que poseo. El abate Carton, director del Instituto de sordos-mudos y de ciegos de Bruges, se proponia introducir en él los métodos americanos, y acabamos de recibir el informe que de los datos reunidos aquí ha presentado á su gobierno, y entre ellos la noticia anterior, que el autor le comunicó. Vease *le Sourd-Muet et l'Aveúgle*, periódico mensual que se pública en Bruges, nº 8.



SECCION SEGUNDA.

LITERATURA.

CLASICOS Y ROMANTICOS.

La paz que reina entre las dos escuelas rivales de la literatura moderna, mas debe mirarse como tregua nacida del cansancio, que como prueba de concordia y buena inteligencia. Para atizar las antiguas querellas y descubrir la firme intencion que *románticos* y *clásicos* tienen de no avenirse jamás, basta cualquiera circunstancia por leve que parezca. Que se indague cual sea el estado presente de la literatura; que se discurra sobre el mérito ó faltas de los escritores contemporáneos; que se hable del teatro, de las bellas-artes, de la moral, y se notará el fanatismo con que unos y otros creen en la superioridad de sus principios, atribuyéndose los adelantamientos del arte ó acusando de la corrupcion del ingenio á sus adversarios.

Ni andan menos encontrados en las demas naciones los defensores de las viejas doctrinas y los apóstoles de las nuevas. Segun los unos, todavía no goza la imaginacion de bastante libertad; segun los otros, ha saltado la barrera y corre desbocada sin mas lei que el capricho, ni mas objeto que los aplausos del vulgo. Así ha cundido por todas partes la anarquía literaria, y como sucede siempre que el interes y el amor propio sirven de lazarillos en las disputas metafísicas, cuanto mas se ha dicho y escrito, tanto mas se ha embrollado la cuestion.

Es lástima por lo mismo que esta cuestion sea entre nosotros eco de la que han promovido los extrangeros; porque, si en vez de entrar en ella abrazando partidos que no conocemos ni nos importa conocer, hubieramos arrancado el verdadero asunto á las críticas ó apologías individuales que lo extravian, se habria averiguado que la revolucion literaria de nuestro siglo no viene del trastorno político de la sociedad, ni de los esfuerzos de algunos poetas y romanceros, sinó de la eterna lei de vida y movimiento que ordena nuestros affectos y necesidades. Por esa lei cambia de forma y direccion la inteligencia, como la tierra y el cielo mudan

de aspecto á nuestros ojos. Nuestra sed insaciable de noticias, la facilidad con que pasamos de la credulidad á la duda y de la duda á la credulidad, el empeño de explicar cuanto llega á nuestros sentidos, y la propension á adivinar lo que suponemos mas allá de nuestros alcances, son estímulos con que la misma lei nos advierte de la primera de nuestras necesidades morales.

Algunas veces apresuran las circunstancias los efectos inevitables de su influjo, otras los entorpecen; pero tarde ó temprano tiene cumplimiento, y los hombres siguen el impulso que les comunica por medio de las pasiones. Entonces no trasforma lentamente y con misterioso silencio las formas del pensamiento; embiste con furia al pensamiento mismo, y semejante á un conquistador irritado, tala, destruye, aniquila cuanto fué en la contienda estorvo á su triunfo.

Tal es la violencia con que se manifiesta la inovacion en nuestro siglo. Costaba mucho á los oráculos de la *escuela tradicional*, verse despojados de la autoridad que egercian á nombre de Homero y de Virgilio: opusiéronse con todos sus esfuerzos á la reforma; gritáron contra los nuevos campeones; prodigáron la injuria y el sofisma, y olvidando la índole del público, quisieron ridiculizar lo que le causaba placer. Los corifeos de la asonada se declaráron contra una autoridad tan mal empleada, desgarráron el manto griego y el palio romano, y representáron, tal vez con injusticia, á sus mismos maestros como papagayos y monos de la civilizacion antigua.

Para colmo de la desgracia de ambas parcialidades, la algarabía de la *turba multa* hizo callar á los hombres de mas luces y razon de una y otra. Las obras de estos cayéron en manos de sus secuaces, y fué un primor el talento con que las defiguráron en la censura y el elogio. Uno de los gefes del partido *romántico*, á quien le preguntáron varios amigos suyos, si habia dejado de escribir por miedo de la crítica de sus adversarios, les respondió con mucha gracia: — « No, sinó porque temo las alabanzas de los mios. » En nuestros dias se ha visto tratar en Francia al dulce y elegante Racine, como no se trataria al último esportillero, y en tan culpables demasías puede asegurarse que no han tenido parte, ántes bien las han reprobado, los promovedores de la nueva doctrina. Los Alemanes no han dejado de dar escándalos que parecen opuestos á su caracter. Hasta los Ingleses que tienen la santa preocupacion de honrarse con todas las glorias que ilustran su país, han tratado la cuestion con encarnizamiento, llevando las personalidades al último punto de licencia.

Dejemos pues nosotros que no tenemos Byrones, Goethes ni Hugos que defender ó censurar, que allá se las avengan los *clásicos* y los *romanticos* entre ellos; y en tanto que se ocupan en escudriñarse faltas

unos á otros, procuremos averiguar en qué consisten estos dos géneros y qué ventajas é inconvenientes ofrecen.

Si la naturaleza es el manantial inagotable de donde corren todas las fuentes del placer, la diferencia de los géneros en que la literatura divide la materia de sus composiciones, mas debe resultar de las formas empleadas por el arte que del asunto preferido por el ingenio. En efecto, los *clasicos* y los *romanticos* han tratado iguales argumentos, han descrito los mismos campos, los mismos mares, las mismas estrellas, y se han servido para mover y deleitar de los mismos afectos del corazon. Verdad es que hai acontecimientos y circunstancias que dan mas ó menos cabida á ciertas pasiones, y que exaltan mas ó menos la fantasía; pero el fondo no se altera por mas que lo defiguren los contornos.

Uno de los principales caracteres que se hallan constantemente en las obras de los antiguos es la regularidad manifiesta con que todas las partes de una composicion se juntan y mantienen. El plan es sencillo, los adornos fáciles, el movimiento en línea recta. Píndaro es entre los Griegos el único poeta que se aparta de la regla general, y Cesar el historiador que menos la guarda entre los Latinos. Los demas siguen por la senda trillada, y no salen jamas de ella. Eurípides y Lucano, que al parecer se desvian del camino abierto por sus predecesores, observan la misma uniformidad: aquel introduce la filosofía en la escena; este saca la epopeya del templo. Ambas inovaciones son ciertamente grandes, pero no merecen calificarse de mudanzas, y mucho menos de reformas del arte.

La vida de las antiguas sociedades no podia tampoco sugerir revolucion alguna radical en la literatura. Aunque hubieran conocido los Griegos nuestros teatros, aunque se hubieran facilitado los medios de la representacion, aunque la imprenta hubiera multiplicado, no las producciones del ingenio, que la imprenta no las multiplica, sinó las copias que generalizando la poesía la envilecen y matan, jamas habrian conocido el imperio de esa preocupacion benéfica que á la voz de honor convierte al hombre en un leon ó hace de él un esclavo; y esa dulce ilusion que eleva el alma á las regiones celestiales, que da culto al amor, que templa la ferocidad de las pasiones brutales, que forma al caballero, y que engendra virtudes que no ve la sociedad, y Dios solo recompensa. Esas dos pasiones de nuestros padres, honra y amor, no se descubrieron ni á la imaginacion de Hesiodo ni á la inteligencia de Tales. Lo poco que las canciones egipcias agradaban á los Griegos, y el ningun caso que del talento de los bardos hacian los Romanos, prueban la mala disposicion de ambos pueblos para estimar debidamente la *poesía ideal*.

No se crea empero que juzgamos inferior la suya; parécenos, sí, mucho mas reducido su dominio. La poesía de los antiguos rueda como en su principal ege sobre el placer físico y el dolor material; sus dioses

y sus héroes no realzan la naturaleza de estas sensaciones, que pueden tener por causas objetos viles; antes bien los héroes y los dioses que á ellas se sujetan, ni siquiera merecen la simpatía que el último de los hombres suele excitar en su favor. Ademas los dioses del Olimpo griego no siempre representan el mismo papel, y el nombre de rei y de tirano, que tan manoseado corre por la historia antigua, no quiere decir lo que por él vulgarmente se entiende. Venus herida, Vulcano cojo y algo peor, Jupiter jugando al toro, y mil extravagancias de igual calaña no son asuntos mui propios para encender el entusiasmo ni despertar nobles sentimientos. En cuanto á Ulises, Edipo, Orestes, Clitemnestra y su hija, y la familia entera de los Atridas, y la de los Heráclides y demas genealogías semi-mitológicas, nada se nos ocurre que no alcance quien medite acerca de tales personages. ¿Qué alcalde de monterilla no tiene mas jurisdicion, y manda mas que el rei de Itaca, el rei de los reyes, y toda la santa alianza del padre Homero? ¿Quién no se reiria si viera á un guerrero como Ayax salir al teatro, y cerrar con una manada de carneros, como nuestro mui hidalgo y mas heróico don Quijote?

Todos esos nombres eran sagrados entre los Griegos que escuchaban con terror y lágrimas las acciones y desgracias de sus abuelos; pero yá en Roma causaban menos simpatía, y los poetas latinos se vieron obligados à omitir en sus cuadros muchas figuras, que ocupaban un prominente lugar en los de sus maestros. La vida latina no era sin embargo menos material, y tal vez podria calificarse de mas positiva. Los poetas y oradores del Lacio no tenian siquiera en abono suyo la volubilidad y petulancia de los Griegos. Con todo, sus conquistas, el trato de los Egipcios, el roce de los pueblos del Asia, los vínculos con que se unieron á las naciones septentrionales, y la nobleza y dignidad del trono de los Césares, comenzaron á preparar la grande revolucion que volcó el imperio, y dió la cruz por estandarte à los señores del mundo.

Cayó al fin en olvido y menosprecio la literatura de la pasada sociedad; la imaginacion buscó en sus propias fuerzas los elementos de la nueva fábrica intelectual; la tradicion oral suplió la falta del libro; florecieron los poetas sin temor de la crítica; contaron sus consejas las nodrizas sin pensar en que habia reglas para entretener; la luna fué la luna, y cuando mas el faro de la noche; el sol fué el sol, y tal vez el alma del mundo: en fin la naturaleza volvió á sus quicios, inerte y *desdiosada*, como vuelve al crisol el usado joyel sin formas ni relieves.

Cuando la revolucion literaria, llamada restauracion, dió á conocer entre nosotros los desenterrados tesoros de la civilizacion antigua, no tardó la imaginacion en ceder el campo á la memoria. La trivialidad de los juglares y lo soso y mal compaginado de la literatura cortesana fueron causas de la rapidez con que por todas partes cundió el gusto de las letras griegas y romanas. La reina doña Isabel y muchas damas de su corte aprendieron el

latin. Traducir las bellezas de Sófocles y de Virgilio era mas glorioso que improvisar trobas y villancicos, sobre todo era mas fácil. La nueva sociedad se convirtió en aula de pedantes, la lengua se corrompió, por mas que pretendan los admiradores de aquel siglo que ganó en perfeccion y soltura, y el estudio de lo que habia sido ahuyentó el entusiasmo que hubiera engendrado tal vez un porvenir mas grandioso. ¿ Qué no habría sido España, si todos los esfuerzos de los ingenios de aquel tiempo se hubieran empleado en desenvolver y pulir la literatura nacional? ¿La influencia moral que entonces egercia, la sacaba de las traducciones de Horacio, ni de las imitaciones de Petrarca?

Mas no seamos ingratos; la aficion á la literatura antigua nos valió muchas de las bellezas que la índole y tendencia de nuestra literatura nacional pueden reclamar por propias. Si frai Luis de Leon no hubiera imitado el Vaticinio de Nereo en su Profecía del Tajo, quizás no tendriamos la Noche Serena. La cancion á la muerte de don Sebastian hace olvidar que Herrera no halló en don Juan de Austria bastante mérito, y que lo tuvo que ir á buscar al cielo de la fábula. Pero ¿ donde encontraremos la ternura, la gracia, la delicadeza, la dulce melancolía, el deleite angélico de nuestros romances? ¿ Donde el ingenio, el interés, la agudeza, la urbanidad, el gracejo, la seduccion y el aliciente de nuestras comedias? ¿ Donde el tino, la verdad de los caracterés, la maestría de las descripciones, la soltura y chiste del diálogo, el enredo de las aventuras y el feliz desenlace de la intriga de nuestras primeras novelas?

Tantas prendas, que han merecido en los últimos tiempos que, dejando por sabidas y manoseadas las producciones antiguas, se tomen por dechados la literatura española y la italiana, son adquisiciones de la escuela clásica. Cervantes, Lope de Vega y Calderon, Dante y Ariosto, que son los profetas de la nueva lei, aprendieron en ella; y los mismos Franceses que siguen, aunque con grande oposicion, las huellas de Corneille y Walter Scott, y son feudatarios de nuestra literatura nacional, deben su gloria literaria á la misma escuela.

No hablaremos de la secta de los *intimistas* que, aunque nacidos de la reforma, no pertenecen á clase ni escuela determinada. El tiempo de favor que han logrado, no ha sido largo, y en el dia solamente se oye lamentar el abuso que de sus lucidísimos talentos hace la gran sacerdotisa del nuevo culto. Algo puede haber de curioso en el exámen de estas quejas que toman el cáracter de la mas sangrienta acusacion; pero seria necesario alejarse mucho de la cuestion principal. Ademas los *intimistas* se consideran mas bien como el eco de la secta alemana de los *sentimentalistas*, que como una escuela original.

Volvamos á nuestro asunto.

Hemos dicho que la literatura, que por enseñarse en la escuela y

formar parte de nuestra educacion se llama *clásica*, consiste esencialmente en lo material de los afectos. En ninguna parte se tratan mejor las penas de una madre, la piedád filial, el heroismo de la fuerza, y sobre todo, en ninguna se presenta el estilo con mas pompa y hermosura. Retratánse en su elocuencia la majestad del cielo y las bellezas de la tierra; pero fuera del horizónte material ni hai vida ni esperanza.

En la escuela *romántica* se distinguen dos caracteres principales: el primero, la preferencia que dá á lo ideal de los afectos, y el segundo, el desórden aparente de la estructura de sus obras.

Pero que no se tome por ideal lo que es absurdo, ni se diga que puede existir produccion alguna sin la unidad rigorosa de interés, que es el objeto de todas las reglas del arte, de todos los consejos de la crítica Si los *románticos* han elejido la edad media para sacar de ella los asuntos de sus obras, no lo han hecho porque los demás siglos sean mas à menos escasos en materias de imaginacion y objetos de grandes planes; sinó porque las costumbres eran poco sabidas; porque las virtudes y los vicios de aquellas generaciones contrastan con nuestras ideas y sentimientos, y porque un libro que llama la atencion del público, inspira à los talentos de órden inferior el deseo de señalarse imitando,

En una palabra: si entre cosas abstractas puede establecerse paralelo, en el del *clasicismo* y el *romanticismo* se notarán señaladas diferencias que no dejarán confundir uno con otro. Los *clásicos* ajustan su plan y sus adornos á las reglas de un método generalmente conocido; los *románticos* sacrifican las reglas al asunto. Los primeros se sirven de muchos individuos para que resulte una cualidad metafísica; los segundos se sirven indistintamente de todas las prendas y defectos de un solo individuo para representar el conjunto moral de cualidades que forman tal ó tal persona: aquellos necesitan una accion, estos un actor. Cualquiera escena sirve á los intentos del *clásico*, que solo quiere plantar en ella su acontecimiento; para el *romántico* son menester sitio y tiempo en harmonía con el lance, á fin de que aumente esta circunstancia los afectos que se propone excitar. Los de la escuela de la memoria reflexionan, los de la escuela de la imaginacion sienten; allí se pinta, aquí se retrata.

De lo dicho se infiere que unos y otros necesitan consultar la naturaleza, y no perder de vista la verdad. Las obras de ambos pueden ser bellas, y tambien pueden ser detestables. — Un buen *clásico* tendrá acojida entre los *románticos* juiciosos, como la tendrá entre los *clásicos* sensatos un buen *romántico*. Los verdaderos hijos del genio miran las calificaciones y nombres de partido como recursos de los talentos mediocres. Las obras viven; las disputas pasan. Que nuestra literatura se enriquezca con producciones originales, y cada uno las clasifique como guste. (*Se continuará*).

Juan Floran.



SECCION TERCERA.

BELLAS-ARTES.

EL MUSEO ESPAÑOL DE PARIS.

Cuentan de un noble Andaluz que, habiendo vendido su caballo, y todo el mundo sabe lo que un Andaluz estima su caballo, fué á despedir á su amigo hasta la salida del pueblo. La historia no dice si debe entenderse por este nombre el animal ó el comprador; mas añade: que no pudiendo seguirlo, se paró, le pasó la mano por el lomo, le acarició las crines, lo llamó *chiquito*, y enjugándose las lágrimas, exclamó « A lo menos me conzuela que te vayas con tan buen amo. »

Yo no sé si los Españoles podrán tener igual consuelo de la pérdida de sus cuadros; pero debe asegurarse que no hallarán motivo de queja en nuestra compra (1). Un príncipe ilustrado y amador

(1) El autor es Frances. La celebridad de su nombre, que es uno de los que mas brillan en la literatura del dia, no dejará de dar á la colaboracion que nos ha prometido, y que empieza con este artículo, no solo el valor de su grande ingenio y mucha erudicion, sinó tambien cierto interés de curiosidad. La modestia del señor Gozlan nos prohibe decir que estas páginas están escritas *por él mismo*; pero la amistad íntima que nos une disculpará á sus ojos nuestra falta de secreto.

de las artes leía la relacion de los robos y saquéos de las iglesias y conventos de España. Ocurriósele que si las riquezas del arte que allí habia no eran despojos del vandalismo de las asonadas, lo serian de la codicia de ciertas gentes, que asi compran los higos de Corinto y el vino de Jerez comos las ruinas del Partenon y los santos de Murillo. Tal vez temió que las pinturas católicas se hicieran protestantes. La verdad es, que afortunadamente el príncipe, que tanto se interesa por la gloria de las artes, creyó que el momento era favorable para mostrarles su proteccion, y trasladar á Francia los tesoros que amenazaba el incendio, ó la rapacidad del populacho.

Este pensamiento regio no le permitió dormir, hasta que habiendo confiado la egecucion de su proyecto al baron Taylor, esperó y vió cumplido su resultado. En efecto, el baron Taylor, hombre de erudicion y de gusto, artista y viajero que pasa tan rápidamente de Atenas á la Alhambra, como de la Alhambra á la Tebáida y de la Tebáida al vestuario del Teatro-Francés, se asoció con M. Deuzats, y ambos prepararonla expedicion con el silencio y reserva que si se hubiera tratado de realizar una conjuracion. Nada se supo en Paris del objeto de este viaje, y sobre todo se habló mui poco en un pais en que se habla tanto. La mision tuvo su efecto: no podia faltar; habia empezado por un milagro.

Sin esas precauciones, habria habido objeciones antes del proyecto, críticas durante su egecucion y reconvenciones despues; y lo que es peor, quizás se hubiera fustrado. Porque nuestros economistas hubiesen gritado contra la dilapidacion del gobierno que iba á emplear tantos miles de francos en mamarrachos, y este se hubiese repetido por todas partes entre gentes, que aún no conocen la España sinó por la luminosa filosofía y verídica historia del señor de Voltaire. Gracias á su exactitud y diligencia se cree que el pueblo mas generoso y agudo de la tierra se compone de gitanos, de mendigos, de frailes y de morenas que se dan á todos los contrabandos con el puñal en la media. En cuanto á la pintura, solo se citaba á Murillo, aunque por fortuna de la gloria española se hacian de él tres pintores á causa de su triple nombre.

Ahora solo queda lugar á las reconvenciones; pero en vez de

mandar á pasear á los que las hagan, los mandaremos al Louvre, donde dentro de mui poco abrirá sus puertas el Museo Español. Que digan que el proceder de Luis-Felipe es inoportuno : que no debia haber comprado en las circunstancias presentes los cuadros de una nacion revuelta : que eso es despojarla de sus mejores riquezas, robarle su mas hermosa gloria, dejarla en cueros, no respetar su historia, malograr su porvenir. Mas valdria, ¿no es verdad? dejar que redujeran á cenizas esos nobles monumentos del genio español; mas valdria que un negociante inglés los embarcara por una coracha de tabaco de Gibraltar, y se llevara á Londres una docena de santos de Zurbaran como una leva de pillos. No. no; que su precio sea el oro, que su destino, ya que no hai pinturas en el cielo, sea el de representar la corte celestial en Paris. Si la España ingrata los habia de proscribir, mejor asilo encontrarán en el palacio de los reyes cristianísimos que en el comedor ó la escalera de algun baronet hereje. Aqui serán bien tratados, bien mirados, y sobre todo puestos en buena sociedad al lado de Rafael, de Miguel-Angel, y de nuestros mejores pintores. Ademas dos hombres solos sin amenazas, sin violencias, sin engaño han hecho un trato ventajoso, y todos han quedado contentísimos. ¿Quién se debe quejar? Los que no pueden robarlos yá para venderlos á escondidas y aprovecharse de la venta. Los buenos Españoles que conocen los peligros de la guerra civil, habrian sido los primeros á protejer esta importante traslacion. Tristan, Carducho, el Españoleto habrian abierto la marcha. Las cuatrocientas pinturas que han venido á Francia no han mudado de patria. Paris es la patria de las Artes : aquí tienen carta de naturaleza todas las producciones del genio.

Algun dia la España entera conocerá qué servicio le ha hecho la Francia reuniendo bajo las bóvedas del Louvre las obras dispersas de tantos artistas de que hasta el nombre ignoran los extrangeros. Pocos, mui pocos, he observado ya en otro lugar, sabian de esta parte de los Pirinéos que la España podia competir en pintura y pintores con la Italia, la Alemania y la Francia. Sin embargo lo que da á conocer un pueblo á los otros pueblos, lo que prolonga su existencia mas allá de los siglos y extiende fuera de

los límites de su territorio el lustre y fama de su nombre, lo que llama al extrangero que lleva su oro adonde lo arrastra el deseo de admirar, es la excelencia de las obras del arte. Grecia sin el Partenon, sin las estatuas de Fidias, sin los fustes y capiteles de sus columnas, sin los ricos y numerosos escombros que aun conserva, no valdria mas que la regencia de Tunez ó el imperio de Marruecos. ¡Quién se expondria á encontrarse con los piratas del Archipiélago ni con los bandidos de las montañas, por visitar la nueva monarquía heleno-bávara? Dígase si las colonias de Ingleses, de Alemanes, de Franceses que todos los años abandonan su pais por ver la Italia de Rafael, de Coregio, del Veronés, se incomodarian por visitarla, sinó fuera por sus bellezas artísticas. ¿Y no se despertará la curiosidad de la Europa entera, cuando por medio de la Francia sepa que hemos descubierto en España SETECIENTOS pintores y TRESCIENTOS escultores: setecientos pintores y de ellos trescientos eminentes, originales, sin rivales en el colorido, sin émulos en el dibujo? ¿y no volverá España de ese modo á ocupar en la estimacion del mundo el lugar que ocupaba en otro tiempo entre las naciones que viven aun cuando se les acaba la vida? ¿Qué de peregrinos devotos de las artes no iran allá en romería, llevando por conchas buenos escudos y sendas guineas? Entonces si que no habrá Pirinéos. El dicho poético pero falso de un rei guerrero y ambicioso lo hará cierto otro rei sabio y bueno.

Porque no es menester añadir que la siega hecha por el baron Taylor no ha dejado á España sin cuadros, como podria suponerse al escuchar el número crecido de los que ha juntado. Los museos, las galerias, los depósitos nacionales están intactos: las catedrales y las parroquias conservan sus pinturas, y aún en el monasterio del Escorial no han descolgado ni una estampa. El que no ha querido vender, ha guardado, y sea dicho en honor de una nacion que no se halla en circunstancias de menospreciar el dinero, muchos han preferido guardar.

Los cuatrocientos cuadros nuevamente adquiridos ocupan las diez salas que les están destinadas en el palacio del Louvre; pero aún no están colocados por órden, ni segun las tres diferen-

tes escuelas á que pertenecen. Nada diremos de la hermosura del lugar : la luz, los altos y dorados techos, los magníficos cielos, todo corresponde á los tesoros que allí se van á depositar. Los palacios son para los reyes, y los mas hermosos para los mas grandes, para Velasquez, para Murillo, para Coello, para Ribera, para Zurbaran. Cuando, segun el plan que debe seguirse en su colocacion, se muestren por órden cronológico, serviran no solo de admiracion á la multitud, sino de escuela á los artistos. Por ellos se atravesará la grande era del arte español, y de cuadro en cuadro se llegará sin fatiga desde sus primeros ensayos hasta los últimos puntos de su decadencia. ¡Con qué fruto se compararán las edades de la pintura española con los edades correlativas de la pintura italiana, francesa ó flamenca!

Si la Francia divulgando la gloria de nuestros vecinos les ha hecho favor, la España abriendo al arte una senda nueva ha hecho bien á los artistas de todo el mundo. En efecto grandes serán las ventajas que van á resultar del cotejo de las obras desconocidas con las que ya se conocian. Estas comparaciones descubriran la semejanza de Gallegos y Alberto Durer, de Julio Romano y Luis de Vargas, de Caravaggio y Navarrete, de Joanes y el Primaticio, de Blas del Pardo y Leonardo Vinci, de Céspedes y Rafael, de Alonso Cano y Miguel-Angel, de Zurbaran y Lesueur. La fama de las escuelas extrangeras nada tiene que temer de este examen comparativo; cada una tiene sus bellezas, y las bellezas de su rival no las borrarán jamás. Pero no será de extrañar que la escuela española arrebate el favor del público, no solamente por lo que tiene de nueva para nosotros, sinó por lo que se nota en ella de gracia, de franqueza, de vida. Si es endomingada y tiesa como la chorrera de un hidalgo, tambien es libre y suelta como una maja andaluza. La pintura italiana rie, la española habla. Para entenderla no se necesita de *cicerone*; basta mirar un cuadro de Ribera ó de Cano; las figuras las hemos encontrado á la puerta, y vienen detras de nosotros; el cuadro es un espejo en donde se reflejan de nuevo á nuestra vista.

Dure lo que quiera este triunfo, el arte habrá dado un paso

inmenso. Quedará pues demostrado que la tutela de la Italia no ha sido hasta ahora mas que una preocupacion. Verdad es que algunos pintores españoles han aprendido ó se han perfeccionado en Italia; pero es mayor el número de los que han aprendido y se han perfeccionado en su patria, enterrados en un claustro, escondidos en los desvanes, ayunando en las hermitas, alimentándose de las sobras de un refectorio, y sin poder salir de su convento, sin poder alejarse de su pueblo, porque la pobreza les atajaba el camino. Otros han vivido en medio de motines, y entre duelos y con lances de amores y pendencias. Estos pintores han sabido elevarse á la cumbre de la perfeccion, y mostrar lozanía de imaginacion, riqueza de colorido, rigidez de dibujo, tino de composicion, cualidades que les pertenecen, y que son suyas y nada mas que suyas, como su acento gutural, su cara morena, su sangre cálida y su nombre sonoro.

Seria imposible creer en tanto talento y tantas obras, si no se tuvieran á la vista en los salones del Louvre. Aún despues de reflexionar que son trabajos de tres siglos, que se deben á las escuelas de Valencia, de Sevilla y de Madrid, y que han contribuido para ellos mas de ciento y cincuenta artistas, no es leve el motivo que dejan á la sorpresa.

A pesar de la multitud de cuadros, no hai sin embargo en ellos gran variedad de asuntos. Se echan de menos batallas, composiciones mitológicas, y paisages. Los cuadros de perspectiva interior son mui raros. Esto se explica. ¿Qué era entonces la España? — Un convento. — ¿Qué era la corte? — Una iglesia. — ¿Qué eran los grandes y ministros? — Frailes. Era pues consiguiente que los asuntos religiosos lograran solos acojida y favor entre quienes podian dar de comer á los artistas, y que los artistas emplearan su habilidad en lo que les traia mas cuenta (1).

(1) Si el señor Gozlan hubiera visitado nuestros museos y templos, y aun las galerias de los particulares, habria mudado de sentir. No se puede negar que los asuntos religiosos abundan en la escuela española; pero tambien es cierto que nuestros pintores han dejado incalculables riquezas de composicion mundana. Los cuatrocientos cuadros que se han traido de España no son, como lo advierte el autor de este artículo, sinó una pequeña parte de los

Así que no se busque en el Museo Español la variedad de la escuela italiana : su único mérito consiste en el dibujo y el colorido: elementos constitutivos de la pintura y con respecto á los cuales todo lo demas es accesorio. La disposicion de las figuras y grupos se reduce á un talento mecánico de aprendizage, que se puede adquirir con el estudio y la paciencia; la expresion de los afectos es un don sublime, una facultad del corazon : los pintores españoles la poseen en grado eminente. Basta para reconocerla, visitar el nuevo Museo. La *Adoracion de los Pastores*, obra de Velasquez, es un prodigio de sentimiento. La *Virgen de la Alfaja* excede toda alabanza. Este cuadro de Murillo ha costado solamente, como el anterior, cien mil francos, y la Francia no lo daria ya ni por un millon. ¿Donde se hallará un pensamiento mas hermoso que él del *Martirio de san Bartolomé?* Ribera ha pintado al bienaventurado apóstol en el momento en que le arrancan el pellejo del brazo; el santo no grita ni se queja; pero la escena del lienzo hace extremecer á los espectadores. La sublimidad de sentimiento que se admira en el *Jacob* de Murillo no tiene igual en su género.

No dudo que los Españoles llorarán cuando se acuerden en tiempos menos desastrosos de este hermosísimo cuadro. El rostro vivo de los hombres no centellea con la luz de profecía que anima la cara del *Jacob* de Murillo. No es posible que el estro del poeta llegue á explicar lo que revela tal pintura. La fé del patriarca israelita hierve en su corazon y se esparce por el semblante, cuando levantando los ojos al cielo oye la voz de su Dios que le asegura el cumplimiento de su deseo. Y ¡qué colorido! ¡qué dibujo! Obra tan sublime ha de ser resultado de un sueño como él de Jacob. Murillo tambien oyó la voz de Dios que le concedió otro milagro.

No se concibe como haya quien á vista de tales cuadros man-

---

que han producido nuestros artistas; y además, siendo en general retablos de iglesia, no podian ofrecer á la vista otros objetos que los que sanctifica la religion. ¡Ojalá tengamos la fortuna de que el señor Gozlan visite nuestra España! Entonces las pinturas profanas de la escuela española tendran en él historiador, intérprete y poeta.

dados pintar por los frailes, y los clerigos, y los obispos, y conservados con el mayor esmero por los frailes, por los clerigos, y por los obispos, todavía sostenga que el fanatismo católico ha dado á las bellas-artes el golpe de gracia. Lejos de mí la idea de que la supersticion, las cárceles y la hipocresía favorecen las luces. Pero ¿la exageracion de los principios religiosos no ha sido mas fecunda en obras de ingenio que esa melancólica exactitud de la filosofía que no ve sinó con los ojos, ni toca sinó con las manos, ni oye sinó con los oidos?—¿La prueba?—La prueba está á dos pasos, en el nuevo Museo. Los frailes y los canónigos de los siglos décimo-sexto y décimo-septimo han pintado ó hecho pintar la mayor parte de esos cuadros, y los sabios del siglo décimo-nono los han vendido ó dejado vender á vil precio, despues de haber visto acabar con otros muchos. Nuestra revolucion ofrece igual prueba de tan triste verdad.

Pero volviendo á nuestro asunto, lo que nunca se admirará bastante en las escuelas españolas de diferentes épocas es la facilidad poco escrupulosa con que toman el primer tema que se les viene á la mano, sin cuidarse de la pretendida nobleza de la eleccion. Uno de los mejores cuadros del nuevo Museo, por egemplo, representa un mendigo que, despues de haber andado sin encontrar con alma caritativa alguna que le eche un pedazo de pan en el morral vacío abierto en sus manos, ve á un niño, y ese niño es Jesus, que le sale al encuentro, al ponerse el sol. La sonrisa de gratitud del infeliz no puede compararse en expresion, sinó con la afabilidad majestuosa de su lindísimo bienhechor. Al mismo tiempo van descendiendo del cielo otros niños con alas, y llevando en los brazos coronas de pan. ¡Rosquillas! ¡Vive Dios! que hai para hacer saltar de sus poltronas á todos los miembros del Instituto! Pues ese cuadro vale un reino, aunque nos ha costado una friolera, nada por mejor decir: ochenta mil francos.

¿Y la *Burra de Balaam*, que no es mas que una burra con un hombre que le dá de palos, y que un ángel detiene? Este cuadro es de Alfonso Cano, el Benvenuto Cellini de España, que no podia estarse quieto, y que cuando no pintaba, esculpia; cuando no pintaba

ni esculpia, edificaba; y cuando se cansaba del pincel, del martillo y de la escuadra, echaba mano de una espada, y se divertia en matar. Pero me se olvidaba que referia á los Españoles lo que deben saber mejor que yo. ¿Quién ignora las travesuras de Cano, que siempre andaba huyendo de la justicia y refugiándose en el primer convento que veia abierto? Apenas hai una obra suya que no sea pago de la hospitalidad que nunca le negaban los buenos religiosos. Tal virgen es una pendencia, tal santo una muerte. Solamente el asesinato de su muger fue esteril para el arte. Los frailes no le pudieron valer. Cuando uno de sus admiradores se atrevió á decir al rei que era una terrible necesidad tener que privar al mundo de tan gran pintor. « Es cierto, contestó su majestad. Que siga el tormento; pero cuidado que no se le toque al brazo derecho. »

En cuanto á la parte de retratos, se nota en los muchos del nuevo Museo, que además del mérito de la egecucion que puede por lo menos colocarlos junto á los mejores de la escuela flamenca, se distinguen por su originalidad y se resisten á toda clasificacion sistemática. Los mas son de cuerpo entero y representan caras historias ó palaciegas. ¡Qué vida! ¡qué dignidad agreste! ¡qué indómita soberbia castellana! qué reflejo sombrío de la majestad real en aquellos rostros graves, austeros, ordinarios á fuerza de verdad! Los caracteres principales que determinan sus fisonomías de un modo absoluto son: el entusiasmo religioso, la inflexibilidad de la cólera y la vanidad del nacimiento. Los pintores españoles no han descuidado las demás circunstancias que forman la harmonía de la pintura. A pesar de su inclinacion al fausto, han evitado el distraer la atencion que merece el rostro. Y ¡con qué facilidad, con qué tino han señalado su talento en la egecucion de una multitud de suntuosos detalles! Cuando la hermosura de la persona ha saciado nuestra admiracion ¡que gusto causa poder fijar la vista en el lujo de los adornos! A fuer de verdaderos castellanos logran lo que no han pedido. ¡Qué lástima dá la manía de esos retratistas de moda que embetunan las caras de sus retratos, y expresan la sensibilidad por el realce de las botas ó los pliegues de un vestido!

Entre los hermosos retratos del Museo Español brillan los her-

mosísimos de Zurbaran. ¿Son mugeres ó santas? Dios lo sabe y el diablo, que á los pobres mortales no les es dado mas que enamorarse de las lindas morenas de ojos de azabache y cuerpos de mimbre. Lo mismo pasan allá por el fondo de la pintura que si atravesarán por una plaza mayor al volver de misa ó de paseo. ¡Bien por el desden! ¡Viva ese garbo! Fortuna es que no haya diligencias ni sillas de posta á la puerta del Louvre, que mas de un amigo mio al salir del Museo Español tomaria su asiento para Madrid ó Sevilla.

Pero los dos retratos que mas llamarán la atencion son el de Murillo, pintado por él mismo, y el de la hija de Teotocópuli, llamado el Griego, pintado por su padre. El de Murillo está de cara y completamente iluminado. Tan difícil es cansarse de admirarlo como de alabarlo: es un sol. No hubieramos extrañado que los Españoles se hubiesen levantado en masa para impedir la salida de obra tan portentosa; que bien vale una guerra, y es signo de un tratado como el que merecieron los Anales de Tácito, cuando hallados en un convento de Westfalia se los disputaban dos reyes y un papa. El retrato de la hija del Greco es igualmente un asombro. Rara vez se ha elevado la verdad flamenca á semejante grado de melancolía. Quizás y aun sin quizás algun poeta, inspirado por el retrato hermoso nos dirá la patética historia del infeliz Teotocópuli, loco por la injusticias de que se creia víctima. El retrato de su amada hija fué el último destello de su razon. Satisfecha esta deuda de amor, se entregó á su manía, pero sin dejar la pintura. Dos cuadros del tiempo de su demencia se ven en el Museo Español, y causa miedo el contemplarlos. Por ellos sabemos como perciben los locos los objetos. Las figuras del Greco son descarnadas como esqueletos, lívidas, mal sostenidas, Todo se estremece en estos cuadros, hombres, caballos, árboles y cielo. No seria prudente fijar la atencion mucho tiempo en ellos, que corre peligro el juicio. Pero ¡ que hermosa es la hija!

No es posible dar conocimiento de la gracia y lindeza de los retratos que representan los infantes de Velasquez. Nosotros no conociamos esta magnífica coleccion sinó por grabados tan escasos como caros. En el dia posee la Francia todos esos semblantes

reales, y á la verdad que es gusto ver tanto reyecito, tanta reinita: los reyes ó infantes niños parecen mas gordos que altos, con sus casacones de suizo de parroquia, y tienen unas caras redondas y coloraditas como manzanas. Sin duda que tales cuales allí estan bien podrian reinar, pero andar, no, los pobrecitos. Las reinas tienen mas traza de campanillas de escribanía qui de pimpollos de estirpe regia: los labios de rosa y los ojos como granos de pimienta señalan una cabeza encantadora que juega al escondite en medio de la balumba mas descomunal de faldas y cotilla de restaño de oro y de bufandas de seda.

Pero al lado de los graciosos niños que acabamos de mencionar se encuentra un extraño, espantoso, formidable retrato. La tradicion refiere que habiendo sorprendido la muerte á un monge, al momento de acabar cierta obra de importancia en la cual cifraba su salvacion, se levantó este por la omnipotencia de su enérgica voluntad, y aunque muerto, la acabó. El autor del cuadro ha elejido el instante en que el monge, lívido y verde, está sentado en su tarima y escribe. Una luz sepulcral, luz del otro mundo, reflejo de luna muerta, alumbra apenas su rostro y manos. Con una aprieta la pluma, con otra tiene agarrado el papel en las rodillas. ¡Como se ve el ahinco fatal con que quiere acabar su tarea y volverse á morir!

No era mi ánimo al escribir estos renglones dar un catálogo completo de las riquezas del nuevo Museo, ni pensaba tampoco haberme extendido tanto. Mi objeto es manifestar mi admiracion, y si posible fuere, disipar las sombras de queja que podrian tener algunos de nuestros vecinos. Nuestra adquisicion, lejos de menoscabar la gloria de España, la debe aumentar. Poco importa que los cuadros de Francisco Zurbarán, de Carducho, de Carreño, de Claudio y Sanchez Coello, de Tristan, de Alonso Cano, de Ribera, de Murillo. de Velasquez, de Goya, de Teotocópuli, llamado el Griego, de Morales el Divino, de Herrera el Viejo, de Antonio Moro, de Blas del Prado, de Osorio, de Meneses, de Roelas, de Cerezo, de Ribalta, de Orrente, de Lucas Jordan, de Navarette, conocido por el Mudo, de Castillo, de Vargas, de Yañez, de Ciezar, de Valdez-Leal, de Gallegos, de Rodriguez de Espinosa,

de Juan de Joanes, de Céspedes, de Juan Vicente, de Pacheco, de Antolinez, de March, de Lucas Leal, de Antonio Moreno y otros muchos mas, poco importa, decíamos, que los cuadros de estos pintores se admiren en Madrid ó en Paris: lo que interesa es que se hayan salvado de la destrucion; lo que interesa es que ésten reunidos para servir de monumento histórico á la celebridad de la escuela española y de estudio á los artistas extrangeros; lo que interesa en fin es que la Europa entera los pueda contemplar y encarecer. Los Españoles mismos deben ver con buenos ojos la intencion de Luis-Felipe y de su gobierno, y agradecer la brillante acojida que da la nacion entera á las producciones de sus ingenios. La traslacion de tales tesoros ni disminuye la fama de su país, ni empobrece su suelo. Los pintores que acabaron tan bellas obras, no fueron precedidos por otros que les legaran modelos y tradiciones. Un tiempo vendrá en que con los dechados que les quedan, reparen la pérdida de estos cuatracientos lienzos y aumenten su yá conocida celebridad. La gloria no es por otra parte de quien posée, sinó de quien crea, y los Españoles pueden haber perdido sus inmensas colonias, su influjo, sus riquezas; pero todavía les queda lo que jamas perderán: su sol. Que la Europa envidie el sol de España.

Leon Gozlan.



SECCION CUARTA.

POESIA.

JORGE MANRIQUE.

(SIGLO XV.)

I.

En los montes de Leon
Feudal castillo se ostenta,
Que en su forma y estension
Dice ser la habitacion
De señores de gran cuenta.

De un bando contra el desman
Dos torres de aspecto rudo
Auxilio y fuerza le dan,
Y hay en medio un gran escudo
Con las armas de Guzman.

Pero el señor del castillo
Ha llevado á guerrear
La hueste de que es caudillo :
Quiere así aumentar el brillo
De su nombre y su solar.

Y á buen recaudo á su esposa
Dejó allí, mientras la liga
De los grandes poderosa
El rey Enrique castiga,
Por díscola y querellosa.

II.

Ya con paso agigantado
La media-noche venia,
Y el graznido destemplado
De ave agorera se oia,
O el canto de algun soldado.

Entre paz y calma tanta
Mancebo de altivo porte,
Con pausada y leve planta,
Cauteloso se adelanta
Hácia el ángulo del norte.

Mesurado es su ademan:
En su faz reciente lloro
Dá muestras de interno afan:
Anchos bordados de oro
Orlan su negro gaban.

Detúvose ante la torre,
Que es de la dueña el retiro;
Con la vista la recorre,
Y dando un hondo suspiro,
Hácia una ventana corre.

La luna entonces la heria,
Y una muger celestial
Entre las rejas se via,
Mas cándida que el cendal
Con que el seno se cubria.

El jóven se estremeció
Al verla; mas su inquietud
Poco á poco se calmó,
Templó el sonoro laud,
Y en esta guisa cantó :

TROBA.

Las angústias que me oprimen
Quiero aliviar con el canto,
Mi Leonor;
Que si es el amarte un crímen,
Jamas es crímen el llanto
Del dolor.

No es mi culpa, no, si enciende
Mi pecho amor sobrehumano
Sin cesar;
Porque el amor mas se prende
Cuando le acosa la mano
Del pesar.

Bien quisiera yo no amarte,
Para menos padescer
É sofrir;
No vale empero mas arte
Para dejar de querer
Que el morir.

Solo haciéndole pedazos
Podrán arrancar del pecho
Mi pasion;
Porque con eternos lazos
Ligada está á mi deshecho
Corazon.

¿Dó está la humana ventura
Si la suerte embravecida
La resiste?
¿Qué son virtud y hermosura?
¿Para qué sirve la vida
Si es tan triste?

¿Qué importa si en lid sangrienta
Mi acero temido alcanza
Gran valía,
Si me aflige y me atormenta
Un amor sin esperanza
Noche y dia?

De mis ansias el poder
Mi vida mísera acorta
Y arrebata,
Pues el nudo del deber
Con las armas no se corta,
Ni desata.

No hay hierro fuerte ni roca
Que al esfuerzo resistiera
De mi amor;
Mas me acobarda y apoca
Ver ante mí la barrera
Del honor.

No hay condicion, no hay estado
Que pueda arrancar del seno
La tristura,
Si un amor desventurado
Derrama en él su veneno
Y amargura.

Si no quieres, mi señora,
Que á esta vida pasagera
Corte el vuelo,
Di al infeliz que te adora
Una palabra siquiera
De consuelo.

Aqui terminó el cantor
La su troba dolorida,
Y con la paz y el amor
Que habla un ángel del Señor
Le habló el ángel de su vida:

« Mayor que el tuyo es mi mal:
« Tengo el alma lastimada,
« Cual tú, con llaga mortal,
« Y á mas de ser desgraciada
« Soy tambien ¡ay! criminal.

« Mas no; que inocente es
« El fuego de mi amor tierno:
« Yo amé primero, y despues
« Me ha ligado el interés
« Con lazo fatal y eterno.

« De mis padres la ambicion
« Quiso entregarme á un tirano,
« Violentando mi aficion :
« Vender pudieron mi mano,
« Pero no mi corazon.

« No quiera tu frenesí
« Nuestras vidas arriesgar :
« Huye, Manrique, de aquí,
« Porque á tu vida atentar
« Fuera arrancármela á mí.»

Puesto el mancebo de hinojos,
Estos acentos oia,
Y extasiado parecia,
Cual si tuviera los ojos
En el altar de María.

« Manrique, de aquí te aparta! »
Repitió la hermosa dueña,
Y arrojándole una carta,
Que al momento de allí parta,
Le pide con muda seña.

Vino junto al muro á dar
El amoroso papel,
Y antes que pueda llegar
A recogerlo el doncel,
Oyó una puerta sonar.

III.

Hombre de feroz talante
Airado el billete agarra,
Y con rabioso semblante
Lo pone al jóven delante
Y en mil trozos lo desgarra,

Diciendo « Infame galan,
« Mientras yo en la tierra exista,
« Te juro por san Millan
« Que no has de alzar mas la vista
« A la esposa de Guzman.

« Aquí á castigarte salgo,
« Y pues que á los cielos plugo
« Que no nacieras hidalgo,
« Daré cuanto tengo y valgo
« Por entregarte al verdugo.

« Tu pechera condicion
« Se vé en tus hechos villanos,
« Y un hombre de mi blason
« Tuviera por un baldon
« El poner en tí las manos.»

Con rabia el jóven le oia,
Y « sella el labio insolente, »
Le dijo, « que tu hidalguía,
« Por muchos timbres que cuente,
« No es mas clara que la mia.

« Os reto de hidalgo á fuer
« Por daros justo castigo,
« Y os debe bastar saber
« Que á gloria podeis tener
« El tomar armas conmigo.»

« — El vuestro nombre decid,
« Decidlo pronto por Dios,
« Pues con tan mañero ardid,
« Querer evitar la lid,
« Afrentoso es para vos.

« Vuestra aleve demasía
« Desmiente tal ardimiento :
« Declarad el nacimiento;
« Que hay oprobio y cobardía
« En ocultarle un momento.»

« — El que me llames cobarde
« No pienses que tengo á mengua :
« Verás que es vano tu alarde
« Al saber que nunca es tarde
« Para arrancarte la lengua.

« De Paredes dueño y conde,
« Don Jorge Manrique es
« Quien á tu insulto responde,
« Y á la ocasion no se esconde
« De humillar á un descortés.

« Y pues me conoces yá,
« Y eres noble y caballero,
« Fin esta contienda habrá,
« Pues mas que impaciente está
« De probarse en tí mi acero.»

« — ¡ Tú amado de mi Leonor!
« ¡ Tú el infame, el vil Manrique,
« El que amancilla su honor,
« Siendo á su patria traidor
« Y á su señor don Enrique! »

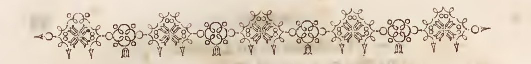
Los dos contrários callaron;
Que embargó el furor su voz:
Algun trecho se apartaron,
Y junto á un bosque empeñaron
Lid sanguinaria y feroz.

IV.

Grande y doliente clamor
Se levanta en el castillo.
Al ver que lleva un pastor,
De la aurora al primer brillo,
El cadáver del señor.

Paris, 16 de setiembre de 1837.

Leopoldo Augusto de Cueto.



SECCION QUINTA.

VARIEDADES.

EL CABALLERO DE CAMBA,

LEYENDA DEL SIGLO XIV.

I.

Que ademas de ser el rey,
Soy el rey don Pedro yo.
El rico hombre de Alcalá.

Las seis, las seis... ¿ No ha llegado todavía? dijo, levantándose de un gran sillon forrado de terciopelo verde con las armas de Castro, un hombre de mediana estatura, pero aunque de formas delicadas, robusto y bien constituido. Sus ojos de azor tenian una expresion particular, su tez era un poco trigueña, y sus facciones, en general bien proporcionadas, hubieran podido pasar por bellas sin el carácter de malignidad que la hacia notables, y á que no poco contribuian el rojo vigote y la poblada ceja. Cubria su cuerpo un modesto coleto de piel de gamuza, su cabeza un sombrero redondo de ala sobremanera ancha, y sin el oro de sus espuelas nada hubiera hecho conocer en su atavío que ocupase

en la sociedad un alto rango. La pregunta del personage que acabamos de pintar, no recibió por respuesta mas que un signo negativo, acompañado de una profunda inclinacion del hombre que á la sazon entraba : mancebo muy gallardo y apuesto, sobre cuyo pecho y manto brillaba la cruz victoriosa de Calatrava.

— ¡Por el apóstol Santiago, continuó con impaciencia, que no sé qué pensar de esta tardanza! O bien los caballeros de Galicia tienen plomo en las venas, ó bien algun extraño accidente ha ocurrido al que esperamos. No es creible que pueda ser traidor un hombre de tan acreditado esfuerzo; mas si tal sucediese, mejor le fuera no haber nacido que asi provocar mi venganza.... Seria terrible, añadió recorriendo á pasos acelerados la estancia.

El ruido de un caballo interrumpió en buen hora reflexiones tan poco favorables al caballero que las excitaba.

— Él es, él es; que venga al momento.

Don Diego de Padilla maestre de Santiago á quien habia dirigido estas palabras el rey don Pedro de Castilla, salió del aposento, y a poco rato volvió á entrar con el mensagero.

— Bien venido, señor de Camba, bien llegado ¿ Que nuevas me traeis?

— Harto malas, señor, respondió el caballero con una profunda reverencia.

— Si vuestra Alteza no lo há á enojo, interrumpió Padilla, este caballero podria descansar un momento antes de referirlas. Al apearse de su estenuado caballo le he visto casi ceder al peso de su fatiga, y solo las órdenes de vuestra Alteza han podido darle fuerzas para llegar hasta aquí.

El monarca hizo un movimiento de impaciencia que impuso silencio al consejero, y repitiendo su pregunta, dió muestras de escuchar con atencion. Temia Padilla irritar al Rey dirigiéndole de nuevo la palabra, mas á guisa de fiel criado, prefirió arrostrar su enojo, á dejarle oir las nuevas del caballero de Galicia. Conociendo la irascible condicion de su señor, juzgó tan aventurado su empeño, que al reiterar sus instancias, lo hizo con casi extinguido acento y de rodillas, pidiendo por gracia aquella dilacion.

Miraba don Pedro alternativamente al maestre y al baron con ojos en que no dominaba la blandura, y descargando un fuerte golpe sobre el brazo de su sillon, iba sin duda á entregarse á uno de los accesos de ira tan frecuentes en su índole, cuando se abrieron de par en par las puertas de la sala, y un hombre vestido de verde con las armas de Leon y de Castilla bordadas con primor en la espalda y en el pecho, entró en la estancia, dobló la rodilla ante el monarca, y le entregó con ceremonia un pergamino enrollado y sujeto con un delgado cordon de seda.

Apartáronse á cierta distancia el baron y el de Padilla, y el Rey, rompiendo precipitadamente el cordon con que estaba el pergamin atado, devoró mas bien que no leyó su contenido. Venia la carta de Castilla donde mandaba el bastardo Enrique, y escribíala uno de los parciales de don Pedro; eran empero tan desalentados sus informes que hubieran sido parte à hacer desmayar las esperanzas del mas emprendedor y temerario. Despues de la firma, y á guisa de apostilla algunos renglones en árabe llamaron la atencion del monarca, que, no entendiendo esta lengua, pasó al maestre la carta. Tomó Padilla el papel, y quizàs hubiera preferido un largo y triste destierro á la obligacion de repetir ante su señor el sentido de aquellas líneas.

Contra los temores del maestre, oyó el Rey con ánimo tranquilo su lectura, y durante algunos momentos anduvo reflexivo por la estancia. Su voz alterada llegó por fin á los oidos del de Camba.

— Escúchame por tu vida, caballero, le dijo, y cuenta que no olvides ni una sola de mis palabras. Quizás habrá llegado á tu noticia que la venganza de un rey es como la cólera del cielo, inevitable y tremenda. Si tal sabes, nada tengo que añadir sino que no te expongas á la mia. El Arzobispo de esta ciudad tan cobarde como astuto trae sus pleitesías con Enrique, y la muerte de don Pedro entra por ventura en las condiciones del bastardo. El Arzobispo es criminal, mas su poder es grande y fuera peligroso por ahora el prenderle. Escucha pues lo que de ti espera tu monarca.

II.

Semejante al profeta Baalam que derramaba bendiciones cuando parecia mas dispuesto á maldecir.

RICHARDSON.

La noche estaba oscura; el camino era estrecho y malo; ni una estrella brillaba en el firmamento, ni se alcanzaba á descubrir vislumbre alguna de humana habitacion. Los obstáculos que á cada paso interumpian la marcha del de Camba se multiplicaban á medida que crecia su impaciencia, y el temor de que su estenuado caballo cediese á la fatiga antes de breve rato traia pensativo al caballero, que espoleándole sin cesar, lograba acelerar su marcha. Como tres horas se habrian pasado desde su salida de Compostela, cuando despues de subir una larga cuesta, se detuvo de repente delante de un castillo que en la cumbre de esta se alzaba, y habiendo dado con el cuento de la lanza repetidos golpes en el porton, varias luces atravesaron el castillo en todas direcciones, y despues de haber contestado á las preguntas que le dirigieron desde adentro, fué el caballero introducido en la sala.

Junto á una mesa de gigantescas dimensiones y groseramente labrada, un hombre de hasta cincuenta años de imponente estatura y magestuoso semblante jugaba distraido con los sueltos rizos de una linda doncella, que sentada á sus piés en un taburete se ocupaba de labores propias de su sexo. Un enorme crucifijo ocupaba el fondo de la estancia, y una lámpara ardia perpetuamente como el fuego sagrado de las vestales delante de la santa imágen. Completaban el adorno varios sillones de tosca forma, con asientos de cuero sujetos por medio de clavos de gran cabeza dorada, y una espaciosa chimenea, en que ardia un roble entero, y junto á la cual se adormecia murmurando su rez oun hombre cuyo trage negro y talar señalaba su caracter sacerdotal.

Salud, noble Patiño, dijo en alta voz el distraido castellano.

Hace ya largo rato que os aguardaba, é indicándole un sillon que se hallaba junto al fuego, volvió á su pasado entretenimiento, sin notar el embarazo de su huésped, ni preguntarle si algun voto le impedia levantar la visera de su casco y aceptar la copa de vino que un page le presentaba.

La incertidumbre del huésped cesó en breve, y adelantándose con paso firme hácia el señor del castillo le informó en pocas palabras de que habiendo ofrecido por el buen éxito de una empresa hacer decir una misa á la Virgen del Pico Sacro, habia creido poder pedirle la hospitalidad por aquella noche, y le rogó que le perdonase su falta de cortesía en no discubrirse, pues aunque así lo quisiera hacer, su voto se lo estorvaba.

— Suplico á vuesa merced, señor caballero, continuó el de Camba, qne no haya á enojo el que me retire, pues necesito en gran manera de reposo.

Durante estas palabras el menos observador hubiera podido notar la turbacion y vivos colores de la doncella del castillo. Levantóse el de Vedra, hizo señal al capellan de recitar las oraciones de la noche, y despues de haber permanecido durante un buen rato en devoto recogimiento, se despidió del recien llegado, quien sin mas tardanza se dispuso á seguir al page que debia indicarle su estancia. El capellan creyó haber sorprendido una mirada de inteligencia entre el forastero y la hija de su noble señor; mas al ver la aparente tranquilidad de la doncella, desechó del todo semejante sospecha.

— Hé aquí vuestra habitacion, señor caballero; si para algo nos hubiéseis menester; llamad sin reparo. Entretanto guárdeos el cielo.

— Amen, dijo el de Camba, y tomando la lámpara de manos de su guía la colocó sobre una mesa, y se tendió vestido sobre el lecho.

La noche estaba ya muy adelantada, cuando un sordo golpe, dado con cautela á la puerta, interrumpió el sueño ligero del baron. Levántose con presteza, abrió sin detenerse y dudó si daria crédito á sus ojos, al ver entrar en su aposento à la tímida vírgen del castillo.

— Alfonso, Alfonso, ¿qué designio te trae hoy á este recinto, á donde habias jurado por mi amor no volver jamas?

Al decir estas palabras su agitacion era visible, y sus ojos grandes y hermosos estaban cubiertos de lágrimas. Abrazóla con respetuoso amor el caballero y obligándola con dulce violencia á sentarse, hincóse de rodillas, tomó su mano, la llevó á los labios, y le pidió por el cielo que le escuchase.

— No te hablaré, Isabel, continuó el de Camba, del tiempo feliz en que la lanza de tu caballero hizo resonar tu nombre en toda España. ¿Para que te haria recordar la época fatal, en que la maldicion de la iglesia me arrancó de tu lado, y en que te mandaron olvidarme? Tu me amabas, y á tus ojos no era yo criminal. Mis padecimientos fueron grandes, mi remordimiento cruel; pero tú me eras fiel: este medallon, prenda preciosa de tu amor, pendia aun de mi cuello, y los recuerdos que en mi memoria despertaba, me hicieron soportar resignado la existencia. Nuestras últimas vistas en el tornéo de Lugo aliviaron en gran parte mi afliccion. Juré no turbar tu calma, y en premio me dijiste « No temas; siempre te seré fiel.»

— Isabel, me amas? dijo el baron despues de una pausa y como interrumpiendo sus reflexiones.

— Alfonso, te idolatro, respondió la dama.

La emocion del de Camba fué tan viva que una lágrima bañó su rostro varonil. La jóven aguardaba con rostro pálido y profunda ansiedad una palabra que le hiciese conocer la desgracia que presagiaba su corazon. Venció por fin Alfonso su dolor, y presentando el medallon á su amante: —Isabel, le dijo, bien sabes que te adoro: no obstante, en nombre de mi amor, yo te lo ruego, vuelve á tomar tu medallon.... y.... olvida..., olvídame para siempre. Esta mano que estrecha la tuya se ha cubierto de sangre cuando lo exigia el imperioso honor. Ahora el deber la conduce á cometer un crímen, y así manchada, antes la entregaria al verdugo que presentártela en el altar. Mi nombre va á ser proscripto, maldita mi memoria. Si la venganza respeta mis despojos; si el pesar te llevare à mi tumba, aun me atrevo á pedirte un suspiro por el amante, una lágrima por el desgraciado que repose en ella.

Embargada su voz por el dolor, y sin fuerzas para llorar vírgen del castillo estrechaba convulsivamente la mano del de Camba. De repente haciendo un violento esfuerzo, se levanta, y dirige hácia el baron sus manos suplicantes.

— Alfonso, no me abandones, le dice con tan sentido acento que partia el alma el escucharlo: feliz ó desgraciada, seré tuya hasta la muerte.

Vacila al acabar y cae sin sentido entre los brazos de su amante. Amargo fué el dolor del caballero y extremado su embarazo en el primer momento. Apoderóse de él una muda desesperacion, y olvidando su propio riesgo á trueque de salvar á la que amaba, salió del cuarto precipitadamente con la firme intencion de despertar á alguien que viniese á su socorro. Al entrar en la galería sintió que le tocaban ligeramente en la espalda, y vió á la camarera de Isabel que impaciente la aguardaba, temiendo, y no sin razon, una sorpresa. La fiel Inés no desperdició el tiempo en lágrimas, y á fuerza de afanosos cuidados logró hacer volver en sí á su señora; mas viendo que ya á mas andar se venia la mañana, y considerando el débil estado en que la jóven se hallaba, rogóle encarecidamente que volviese á su habitacion sin tardanza.

Levantóse la vírgen, y alargando su blanca mano al de Camba le dijo:

— Inocente ó culpado jamas te olvidaré; nunca tendré otro dueño.

— Pues bien, dijo el baron, aguárdame dentro de tres dias en las Peñas del Apóstol, y entonces ¿ quien podrá arrancarte de mis brazos.

— Yo: dijo una voz solemne y grave; yo, repitió, entrando en el aposento el capellan del castillo.

La mano del de Camba se apoyó involuntariamente en la daga que á su derecha pendia; mas al ver á un hombre solo, á un ministro de paz, indefenso, que no oponia mas resistencia á sus proyectos que el ascendiente de la virtud, casi se avergonzó de su primer intento. La desesperacion dió fuerzas á Isabel para dirigirse al sacerdote.

— Padre mio, le dijo, este caballero es el esposo que ha

elegido mi corazon. Los obstáculos que nos separaban eran grandes; pero nuestro amor ha sabido vencerlos, y, no lo dudeis, si de nuevo nos apárta la suerte, la constancia volverá á reunirnos. El cielo os recomienda la indulgencia, yo la imploro á vuestros piés.

Y al decir esto, tendia sus manos al ministro del Señor, y su hermoso semblante, animado por las diferentes pasiones que agitaban su pecho, cobraba nueva belleza.

El buen sacerdote en extremo conmovido, se hallaba sin fuerzas para luchar á un mismo tiempo con la desesperacion exaltada de Isabel, y con el mudo dolor del caballero.

— Misericordioso es el señor y perdona, exclamó al fin el sacerdote: Caballero, prosiguió, grandes fueron vuestros crímenes; pero el arrepentimiento cierra las puertas del abismo. Yo no quiero dudar del vuestro, y mi deber es absolver, no condenar. Las lágrimas de esta jóven me enternecen, y no puedo resistir á su ferviente ruego. Si prometeis seguir mis consejos, os ofrezco mi mediacion. Mañana me encontrareis en la capilla de la Vírgen.

III.

Y al pié de los altares derramada
Corrió la sangre....
Inédito.

Las campanas de todas las iglesias de Compostela resonaban desde muy temprano: las calles y las plazas se llenaban de gente de todas clases: las ventanas ricamente colgadas no eran bastantes á contener el sin número de curiosos que á ellas se agolpaban. Todo anunciaba un magnífico espectáculo, alguna solemnidad de las que la iglesia romana sabe hacer tan espléndidas como imponentes. Una doble fila de soldados, vasallos de la mitra y de varios señores, se extendia por las calles de la ciudad desde la gran puerta de la catedral hasta el Arco del Arzobispo, y desde allí

4.

hasta la opuesta. Varios grupos de hombres de armas de Lemus y de Camba, los escuderos y pages de ambos señores y del rey, y cuantos nobles caballeros habia en Galicia, formaban en torno del monarca un brillante cortejo.

— Un siglo se me hace cada minuto, dijo don Pedro al de Padilla, y luego, si bien lo miro, me temo que no venga.

— La empresa es dificil; pero mucho el valor del de Camba, y su fidelidad á toda prueba, interrumpió Padilla.

— Si no viniese, dijo el rey, no sé como podré cumplir lo proyectado, por que el tiempo urge, y un buque nos espera en la Coruña; pero aun cuando hoy fuese el último dia de mi reinado, justicia se ha de hacer; que es mucha mengua que un rey no pueda mandar sin estorvo en sus dominios.

En esto se oyeron de nuevo las campanas, y en el rumor del pueblo conocieron los asistentes que la procesion se acercaba.

Un escuadron de hombres de armas costosamente equipados abria la marcha; seguian los gremios con sus diferentes señas y pendones; luego los capellanes de la prima, y las comunidades religiosas; los canónigos despues, y el arzobispo en fin debajo de un rico pálio que sostenian seis canónigos-cardenales de suntuosos hábitos revestidos. El humo del incienso se elevaba tan espeso que ofuscaba la vista; llovian de las ventanas sobre el sagrado pálio rosas y otras flores desojadas; la voz de los sacerdotes resonaba en la esfera, y el pueblo se arrodillaba á su paso. El monarca y los que con él estaban hicieron otro tanto; si bien era fácil conocer en la fisonomía de don Pedro una extrema impaciencia y un descontento que se aumentaba á cada instante.

Ya hacia mucho tiempo que la cabeza de la procesion habia entrado en la catedral, y el arzobispo se aproximaba á las gradas que á ella conducen. De repente un tropel de caballos, que al parecer bajaban de la plaza, llamó la atencion general, y un hombre armado de punta en blanco y seguido de otros cuatro, dirigiéndose al grupo que aun no habia entrado en el templo, se apea con presteza, llega al arzobispo, y le pasa el pecho con la lanza.

— Tal es el galardon de los traidores, murmuró el caballero al oido del prelado.

— Camba, te perdono, dijo este ya moribundo; mas á tí tirano, continuó dirigiéndose al monarca que á la sazon llegaba, el cielo me permite anunciarte tu suerte miserable. Como el rey santo has pecado; pero incapaz de humillarte como él, temblarás en el trono y caerás desplomado ofreciendo à la vista de las generaciones venideras un monstruo de crueldad y de avaricia, retratado con sangre en las páginas de la historia, baldon del siglo en que has nacido, y oprobio de la noble nacion que has gobernado.

La muerte ahogó la voz del prelado, pero sus palabras fueron oidas por algunos nobles, que se estremecieron de indignacion al escucharlas. Arganzas y Vedras, y Castros, y Patiños, y otros ciento, honor y prez de la nobleza gallega, al instante abandonaron al monarca, abriéndose paso por medio del pueblo, que furioso pedia la cabeza del matador de su prelado. Levantó don Pedro la voz, y asegurando que haria justicia, lanzó una mirada de satisfaccion al cadáver, y montando á caballo se dirigió á su posada.

El pueblo, creyendo hallar aún al asesino cerca de la víctima, no bien se ausentó el rey, cuando rompiendo por entre los que el inanimado cuerpo rodeaban, se precipitó en los claustros de la catedral.

Grande fué su descontento al ver que el criminal habia desaparecido.

IV.

La hermosura es una flor
Que crece á orillas del mar,
Mientras del viento el furor
Puede su aliento y color
Con un soplo marchitar.

L. A. de Cueto.

Apenas comenzaba á despuntar el dia siguiente al de los sangrientos sucesos que acabamos de referir, y yá en la falda del Pico-Sacro, junto á dos rocas de caprichosa forma, que elevaban paralelamente al cielo sus desnudos cortes, se veia flotar un blanco velo. A alguna distancia, en aquel sitio, y á semejante hora cualquiera que hubiera percibido las formas ligeras, y el aéreo ropage de la persona que allí se hallaba, hubiera esperimentado, sobre todo en la época de que hablamos, una momentánea sensacion de temor. Y á la verdad si alguna vez es tolerable el que se preste crédito á las apariciones, es únicamente en los casos, en que las pasiones, obligando al hombre á abandonar los senderos comunes de la vida, le colocan en situaciones que la sencillez del vulgo no concibe.

No es de estrañar que, robustecida con semejantes visiones la propension natural de los mortales á lo maravilloso, los haya mantenido tan largo tiempo en la supersticion mas ciega, si bien se mira por otra parte que el interés no desperdiciaba jamas tales ocasiones para arraigarlas profundamente.

Largo rato habia pasado aguardando á su amante la vírgen del castillo, y como ya principiase á dudar de su venida, un rumor de gente armada que llegó á sus oidos, le hizo estremecerse involuntariamente. Prestó atencion, antes de mostrarse á descubierto, y oyó la voz de su padre, que acompañado de varios nobles, y descontento de los sucesos del precedente dia, habia abandonado la corte de don Pedro.

— No lo dudeis, decia el de Vedra á Patiño, Isabel será vuestra. Es cierto que su amor á ese asesino, baldon de la caballería, ha retardado vuestra union, pero el tiempo le habrá hecho olvidarle, y pesa ademas mi voluntad en la balanza. Así pues ánimo, amigo mio; la mano de mi hija pende del valor de vuestro brazo; vengad al cielo ofendido y á las leyes ultrajadas y yo os prometo que será vuestra. La muerte de Camba es por otra parte tan necesaria á nuestro comun reposo como á nuestro honor que el insensato se ha atrevido á mancillar. Sin embargo, debo advertiros que es un enemigo peligroso, y tan valiente como el que mas.

— En cuanto á eso, replicó Patiño, no quiero ponerlo en duda; mas duéleme manchar mi espada con sangre tan criminal; que si bien el es de noble cuna, por sus malas artes y fechos, iria mejor el hacha del verdugo á su cuello que á su pecho desleal el bote de mi lanza.

—Ese es tambien mi sentir, dijo el de Vedra, mas juzgo imposible haberlo vivo.

Ya en esto llegaban los caballeros á las peñas del Apóstol, y el padre de Isabel propuso á sus compañeros una corta detencion en aquel sitio, para dejar tiempo de reposar á sus fatigadas cabalgaduras. Fácil es concebir la crítica posicion de la doncella, si se advierte que solo una de las peñas de que hemos hablado impedia que fuese descubierta. Temiendo entonces, aún mas quizá que la habia deseado, la llegada de su Alfonso, cuya vida se hallaba amenazada, apenas conservaba fuerzas para reprimir su dolor. Sus tormentos no pueden compararse, sino á los de aquel que, bajo la influencia de un penoso sueño, cree hallarse en el centro de un incendio, quiere elevar la voz para pedir socorro, y la voz se le hiela en la garganta. Su rostro revelaba las congojas que le hacia sufrir el dolor, porque el dolor imprime su huella en el corazon y en el semblante.

Los guerreros continuaban hablando en voz baja, y cada palabra de su diálogo clavaba mas y mas el puñal en el seno de la doncella.

El galope de un caballo llamó la atencion de los dos nobles barones, y un silencio sepulcral reinó algunos minutos.

—Por nuestra señora del Pico, dijo montando á caballo el de Patiño, es el mismo Camba quien se acerca. Y enrist ndo la lanza corrió un buen trecho á su encuentro.

Hay momentos, sin duda, en que un sentimiento nos domina esclusivamente, y el que en situaciones apuradas no lo haya esperimentado, no tiene corazon y es incapaz de amar. Isabel, á quien el miedo de ser vista habia hecho ocultarse hasta entonces, no temió yá ni la venganza del amante despreciado, ni la ira del padre ofendido. Precipitóse con la rapidez del rayo entre Alfonso y su enemigo, y la sorpresa de su presencia desarmó por el pronto el furor de los dos guerreros que en el momento anterior no respiraban mas que muerte y esterminio.

Acorrió el de Vedra á conocer la causa de esta tregua inesperada, y no es posible determinar si fué mayor el dolor que recibió de su afrenta, al ver allí á Isabel, que el deseo de lavarla en la sangre de los culpables. Ciego de furor, sordo á toda piedad, asió de la mano á la jóven, y con la daga en la diestra amenazaba el pecho de la inocente vírgen. Hallábase el de Camba bastante lejos para poder evitar el golpe que le habia de privar de cuanto amaba en el mundo, y ya veia el hierro tocar el blanco lino que cubria el seno de Isabel. En este mismo punto una mano vigorosa detuvo el brazo del de Vedra. Volvióse furioso el caballero á castigar tal osadía; y sin embargo bajó confuso la vista al encontrar la mirada del hombre que le estorvara de cometer tal crímen.

—Deteneos, ¿que vais á hacer? dijo con irresistible acento el capellan del castillo. No matarás, prosiguió, no matarás, porque la sangre de tu víctima se estampará en tu frente.

El fuego de la religion daba en este momento tal imperio á sus palabras, que el padre de Isabel no pudo menos de obedecer. El exterior del sacerdote era en efecto respetable. Un trage talar negro lo cubria enteramente, y un rosario de gruesas cuentas pendia de su cintura. Los rizos de su cabellera que empezaban á blanquear, lo severo y tranquilo de su fisonomía le daban un

aire imponente, que, unido á su carácter de ministro del altar, hacia que el noble caballero de Vedra le mirase con veneracion.

Las diferentes pasiones que agitaban á cada uno de los actores de esta escena se halláron por un momento suspendidas; pero participaban estos demasiado del carácter de su siglo, para que ningun poder ni afecto humano pudiese evitar las consecuencias terribles que debia tener su reunion. De comun acuerdo se apartaron á un lado los dos guerreros rivales, y el combate volvió á empezar con mayor encarnizamiento. Los golpes se sucedian sin intermision, las espadas brotaban fuego, las armaduras saltaban á su impulso, cual si de vidrio fueran, y la rabia de entrambos crecia con las heridas. Colocada entre el sacerdote y el anciano caballero, miraba Isabel con ojos enjutos la reñida lucha. Ni un grito, ni un gesto, ni una lágrima le consintió su angustia. El hacha del de Camba acababa de abrir una larga herida á su enemigo, y la suerte que siempre le fuera favorable en las lides, no le habia aun abandonado, é iba quizás á concederle la victoria. El noble Patiño que conoció su desventaja, asió de las dos manos con desesperado esfuerzo su espada, y asestó tal golpe á su contrario en la cabeza, que sin ser parte á defenderle su buen casco, le hizo caer de rodillas en el suelo. Aturdido Alfonso hubiera sin duda sucumbido á manos de su rival, si la sangre que este á cada instante perdia, no le hubiese impedido aprovecharse de su fuerza de gigante. Pelearon aún un corto rato; pero el hierro del de Camba puso fin á la vida del desgraciado Patiño. El vencedor cediendo al peso de la fatiga, falto de sangre y de aliento, cayó á los pies de su inanimado antagonista. Hasta este instante miró Isabel en silencio á entrambos combatientes. Al ver caer á Alfonso se estremeció su corazon. Arrancóse de los brazos de su padre, corrió hácia el cuerpo de su amante, y creyéndolo muerto, aplicó sus labios á los suyos, y lo llamó su esposo. Rogóle, cual si pudiera oirla, que la aguardase, pues la existencia le era sin él insoportable, y tomando la daga del desventurado, la clavó dos veces en su seno. Su último acento fué el nombre de su amante. ¡Cuantos tormentos se agolpáran ante los ojos de este, si todavia fuera capaz de abrirlos!

V.

> Muerto es ya, muerto, señora,
> El triste que en ley de amor
> Era vuestro servitor.
>
> El infante don JUAN MANUEL.

Indignados los nobles de Galicia con la muerte del arzobispo de Compostela, de que abiertamente acusaban á don Pedro, se entibiaron de tal suerte en el celo con que habian abrazado su causa, que á ser el rey menos orgulloso y temerario, hubiera temido justamente, que olvidando su fidelidad, quisieran vengar la sangre vertida al pié de los altares. Pero el monarca castellano era inaccesible á toda impresion de temor, y despues de haber permanecido algun tiempo todavía en la capital de Galicia, partió para la Coruña á embarcarse y dirigirse á Burdeos, á pedir socorro á los Ingleses para castigar á sus rebeldes vasallos, y arrancar de las manos del bastardo el cetro glorioso de san Fernando. El fugitivo don Pedro aguardaba con impaciencia el momento de abandonar las costas de Cantábria, y los embarazos que el tiempo oponia á su partida, acrecentaban su descontento, ya por exponerle á caer en manos de su rival, que le aborrecia con todo el odio de un hermano, ó ya porque cualquier dilacion pudiera ser fatal á sus proyectos. Aceleráronse pues los preparativos; equipóse con la magnificencia que permitian la época y las circunstancias una velera nave, y se confió el monarca castellano á la inconstancia de las olas.

Ya se apartaba el buque de la orilla, cuando el sonido de una trompeta llamó la atencion de don Pedro, quien mandando suspender su egercicio á los remeros, divisó á un caballero, que cubierto de polvo y sangre, abollada la armadura, y aun rota en varias partes, se presentó en la playa pidiendo hablar al rey. Cuando

se vió en su presencia, echándose à sus pies le rogó que le permitiese acompañarle.

— ¿Quién eres? dijo don Pedro.

Levantó el caballero la visera, y el monarca reconoció con dificultad las facciones del nobleCamba. . . . .

. . . .

. . . .

. . . .

. . . .

. . . .

Cuando el soberano de Castilla murió á manos del rebelde conde, encontróse un cadáver á la puerta de la tienda en que fué asesinado el rey. Un escudero gallego creyó reconocer en él al matador del arzobispo de Compostela.

Alvaro de Armada y Valdés.

MODAS DE PARIS.

Vivimos en un momento de transicion y anomalía. Las cosas se desvanecen á medida que nacen, y por mas que el arzobispo de Paris prohiba en las iglesias la profana música de la ópera, y el emperador Nicolas se muestre mas ruso que nunca mandando arrebatar à sus familias 600 doncellas polacas para que amenicen con su presencia el campo de Woznesenska, donde se ha reunido para ejecutar sus maniobras la caballeria del imperio; por mas que los coros del Teatro Italiano nos recuerden á cada paso que aun hay quien pugna por retrogradar, no será por eso menos cierto que en la época actual pasan los objetos con increible rapidez, y que no pueden sospecharse en ella los resultados por los antécedentes, ni por las causas conjeturarse los efectos. ¿Quién hubiera dicho que Alejandro Dumas, autor de un *misterio* con siete cuadros y dos intermedios, en que hacen el principal papel las potencias del cielo y del infierno, presentaria al Teatro Francés una *tragedia* titulada *Calígula*? ¿Quién habia siquiera imaginado que el pudor de las actrices de este mismo teatro se resintiese al ofrecerles el papel de Mesalina en aquella tragedia? Pues bien, la pieza ha sido recibida por la comision, como todas, con entusiasmo, y las actrices han apurado en vano todos sus esfuerzos por no encargarse de representar á tan liviana imperatriz.

Pero pasemos á la anomalía perpetua de Paris, á la anomalía soberana, á las modas queremos decir. De todas las cosas pasageras ninguna es mas fugaz é inconstante que el gusto, y mucho mas si se halla aplicado al adorno de la mujeres. La forma esencial de un vestido dura á veces una estacion, pero los accidentes se cambian diariamente, y se multiplican con tan infinita variedad que rara vez se hallan en un baile ó en un teatro dos personas que convengan en ellos. Sin embargo en estos dias está casi paralizada la invencion, y solo se advierten reminiscencias del

verano ó ligeros anuncios de las novedades que ofrecen la entrada del invierno, que es en Paris la primavera de las modas. Hagamos una reseña de su actual estado.

TRAGE DE MAÑANA. Vestido abierto del género de seda llamado *zerbine*. El jubon ó cuerpo del vestido plegado por detras, y por delante ceñido y con un cuello entrecho que bajará formando un ángulo hasta la mitad del pecho. Este cuello tendrá una guarnicion del mismo género terminada en un fleco de seda de muy poca anchura. En la abertura aparente que tendrá por delante el vestido, habrá otra guarnicion semejante, como tambien en la parte alta de las mangas, que deberán ser *á la suiza*. Los puños formarán una punta que se hallará asimismo orlada de un fleco. — Capota de gró-de-Nápoles blanco con media guirnalda de flores debajo del ala, y un velo pequeño salpicado. — Mantelete de tafetan-con-lustre negro, redondeado y guarnecido de encaje negro. — Pañuelo de batista festoneado de azul ó encarnado con cifra del mismo color, como los del almacen de Mlle *Delatouche*. — Gorguera ó collareta de muselina bordada, en forma de toquilla, con guarnicion de la misma muselina, terminada en un encaje estrecho.

TRAGE DE CALLE. Vestido de seda negra ó de color, formando listas, unas de aguas y otras de raso, con falbalá de cabeza, guarnecido de un fleco estrecho, ó de una blonda. si fuese negro el vestido. El cuerpo ó jubon *a la tirolesa*, es decir ceñido, elevado hasta la garganta, y en forma de corazon : la espalda plegada sobre el talle : las mangas estrechas con tres afollados caidos ; y los puños guarnecidos de la misma manera que el vestido. El cinturon terminará en un lazo con puntas largas. — El cuello consiste en una jareta ancha de tul, por la cual pasa una cinta de color claro, con guarnicion de encaje de Flandes. — Sombrero del género de gró-doble llamado *pou-de-soie*, con dos llorones de marabú y flores en el interior. — Pañolon de crespon de la India, blanco, bordado con seda del mismo color. — Borceguies de seda de un color que armonice con el vestido.

TRAGE DE TERTULIA. Vestido de la muselina clara, llamada *tarlatanne*. con guarnicion, y encima de ella una jareta plegada por la cual pasará una cinta del mismo color que el cinturon y los lazos de las mangas. El suerpo *á la virgen*, con otra jareta semejante. Las mangas cortas con afollados, lazos y encajes. — Mantelete de encaje de Flandes ó de punto de Inglaterra. — Pañuelo de batista con un calado bastante ancho, guarnecido de encaje y con la cifra bordada de blanco.

Joyas. Estan muy en boga en este momento los brazaletes de todo género; pero entre ellos se distinguen particularmente los llamado *de la reina-Victoria*, lisos ó cincelados, los de doble cadenilla, y los chatos con piedras. Usanse tambien, como adornos de cabeza, unas cadenas ó listas de oro sumamente estrechas con perlas y piedras en medio de la frente, á manera de *ferronnières*, con la diferencia de que las piedras deberán colocarse en hilera, y unos collares lisos ó con piedras, tan ceñidos que han tomado por esta razon el nombre de *brazaletes-collares*. Los aderezos napolitanos con pedreria y largos zarcillos obtienen grande aceptacion, como tombien los de oro verde, formando hojas de encina y bellotas.

Observaciones generales. El peinado se estila tan bajo, que deberá llegar hasta el cuello. — Se usan mucho los mitones negros bordados con seda del mismo color. Los guantes largos deberán terminar á poca distancia de la muñeca y hallarse guarnecidos de tul, blonda ó marabú. Asi hemos visto en la fábrica de *Boivin* una coleccion destinada al matrimonio de una princesa. — Los abanicos están muy á la moda, logrando como siempre la preferencia los antiguos. — Un *sombrero-habillé* con llorones de marabú se considera como un tocado del mejor gusto.

A. Palmira de Amor.

ESTAFETA DE PARIS.

Entre las grandes obras de historia natural que actualmente se publican en Paris, se distingue la de nuestro compatriota D. Ramon de la Sagra, concerniente á la isla de Cuba, y cuyos primeros cuadernos, próximos á salir, hemos tenido la satisfaccion de ver. Dejando á un lado el mérito científico de esta obra, creemos que en la parte artística nada se ha egecutado mejor, y en el dia ninguna otra le iguala. Los dibujos están hechos con tal fidelidad, que verdaderamente puede decirse representan la naturaleza viva, y el grabado de las láminas, confiado á los mas hábiles artistas, está egecutado con la misma exactitud y diligencia que los dibujos. Pero lo que más ha llamado nuestra atencion es la parte del colorido obtenido en la misma impresion, de modo que los animales representados no ofrecen el fondo obscuro del grabado en negro, sinó los matices que son propios del objeto. En los primeros cuadernos de la parte geográfica, el señor Sagra publicará un mapa interesantísimo que ha encontrado en Paris, construido el año de 1500, por Juan de la Cosa, célebre piloto que acompañó á Cristobal Colon en el segundo viage, y á Alonso de Hojeda en la expedicion de 1477. Tan precioso documento es el mas antiguo con que desde ahora comenzará la historia de la geografia del Nuevo-Mundo.

Costumbres familiares de los Americanos del Norte, obra de la elegante pluma de M. Trollope, traduccion de don Juan Floran. 2 vol. en-12. — Se venden en la libreria de Lecointe, en Paris, quai des Augustins, n. 49.

Historia de las republicas italianas, escrita en ingles por M. de Sismondi, y traducida al castellano por don Francisco Facio. 2 vol. en-12. Este compen. dio de la obra francesa que lleva el mismo título es tan completo como puede

desearse. La traduccion es una de las mejores que se hayan hecho en castellano. — Se vende en la librería de Rosa, en Paris, rue de Hauteville, n. 22.

Oficio de Publicidad de M. Desertine. Este oficio es una agencia general utilísima para cuantos tienen que negociar acciones, cobrar rentas del estado, vender ó comprar fondos, establecimientos, cargos, etc., etc. Procura empréstitos, hace cobranzas, se encarga de las diligencias que necesitan los asuntos seguidos en los ministerios y demas administraciones públicas de Paris. *Admite todo género de comision*, y sobre todo el encargo de los abonos á todos los diarios y publicaciones periódicas, tanto en Francia como en el extrangero, de las inserciones, de anuncios, articulos literarios, análisis, prospectos, reclamos, y demas medios de publicidad de la literatura, del comercio y de la industria. — Diríjanse las cartas franqueadas al *Office de publicité*, en Paris, n. 9, boulevart Montmartre.

Creemos hacer un servicio importante á los padres de familia indicándoles una institucion que reune todas las garantías que se pueden desear. La que dirije M. Augeron, en la calle de Clichy, con particular maestria, nos parece ser del corto número de los establecimientos de educacion que merecen verdaderamente la preferencia de los padres. No se encuentran en él charlatanismo ni programas ambiciosos, sinó lo que es mas de apreciar qué ese fárrago de promesas, á cuya sombra se procura captar la confianza pública, los estudios sólidos á que los jóvenes tienen una seguridad de dedicarse en él, la sana moral en que se imbuyen, la certeza de encontrar allí aquella feliz mezcla de sencillez dulzura y firmeza que recuerda la familia. Tales son los unicos medios con que M. Augeron, ayudado por otra parte en los cuidados interiores por las damas de su familia, y no asociando á sí sinó profesores recomendables bajo todos respetos, tanto para los estudios como para las artes de adorno, ha hecho llegar su establecimiento al alto grado de prosperidad y de aprecio público que tanto tiempo ha disfruta.

Este establecimiento, situado en uno de los barrios mas hermosos de Paris, y en que se disfruta un aire muy saludable, es sobremanera apropósito para su objeto. Refectorio, dormitorios, jardines, patios espaciosos para recreo, salas de escuela bien ventiladas, todo está indicando la ilustrada solicitud del gefe del establecimiento, quien tiene la satisfaccion de que algunos padres de familia españoles muy distinguidos le hayan confiado la educacion de sus hijos.

13.

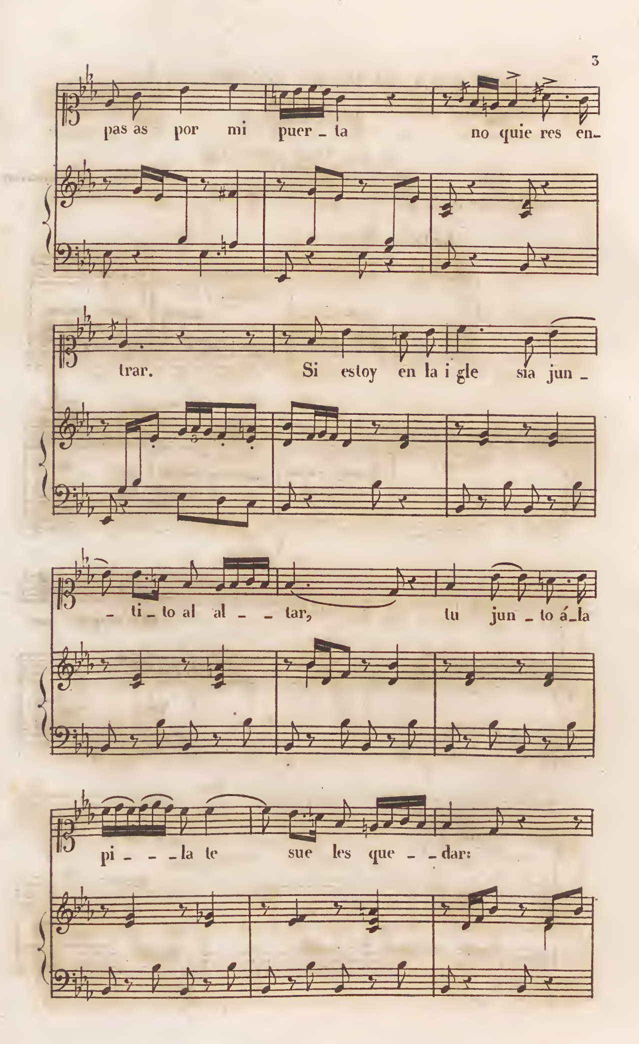
LAS QUEJAS DE MARUJA.

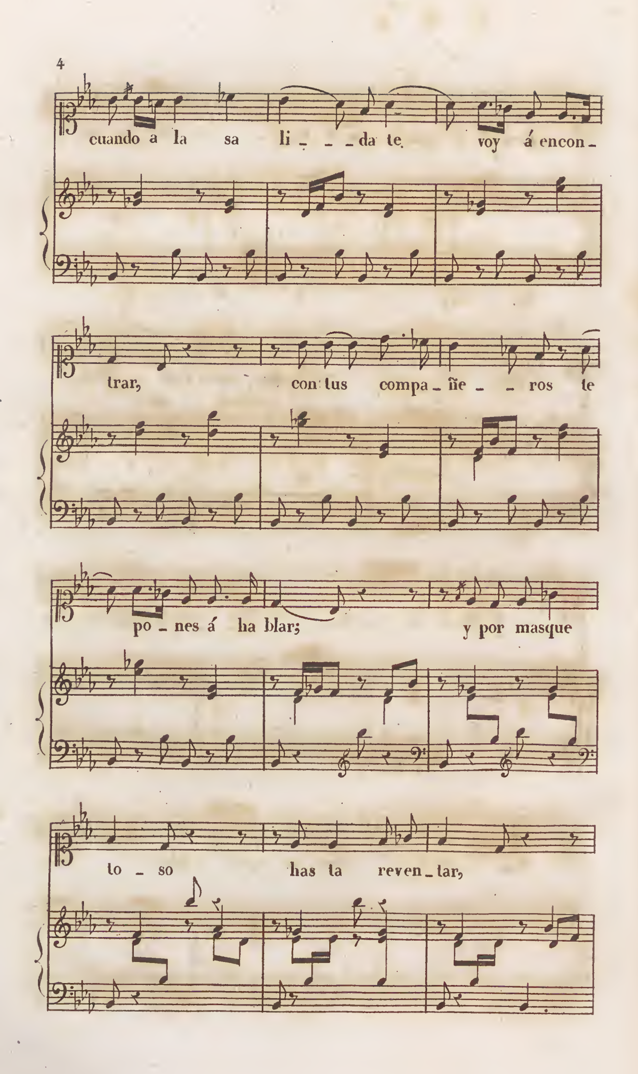
Letra y Música

de Don FERNANDO SOR.

EL ORBE LITERARIO, Periodico de ciencias, literatura y bellas-artes.




pas as por mi puer _ ta no quie res en_
trar. Si estoy en la i gle sia jun _
_ ti _ to al al _ _ tar, tu jun _ to á_la
pi _ _ _ la te sue les que _ _ dar:

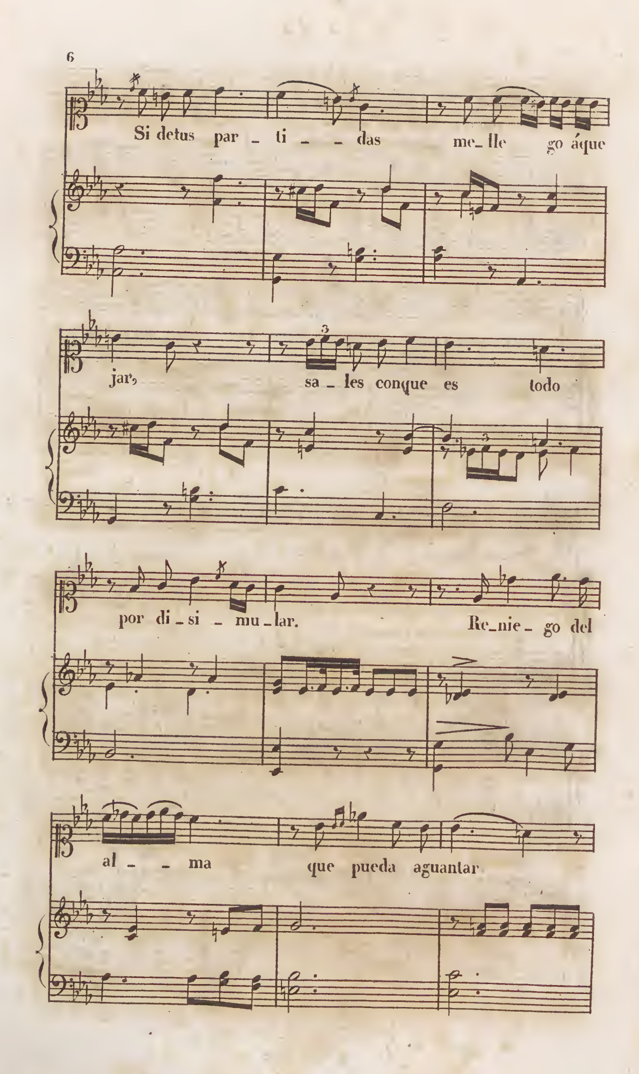

cuando a la sa li_ _ _da te voy á encon_
trar, con tus compa_ñe_ _ros te
po_nes á ha blar; y por masque
to_so has ta reven_tar,

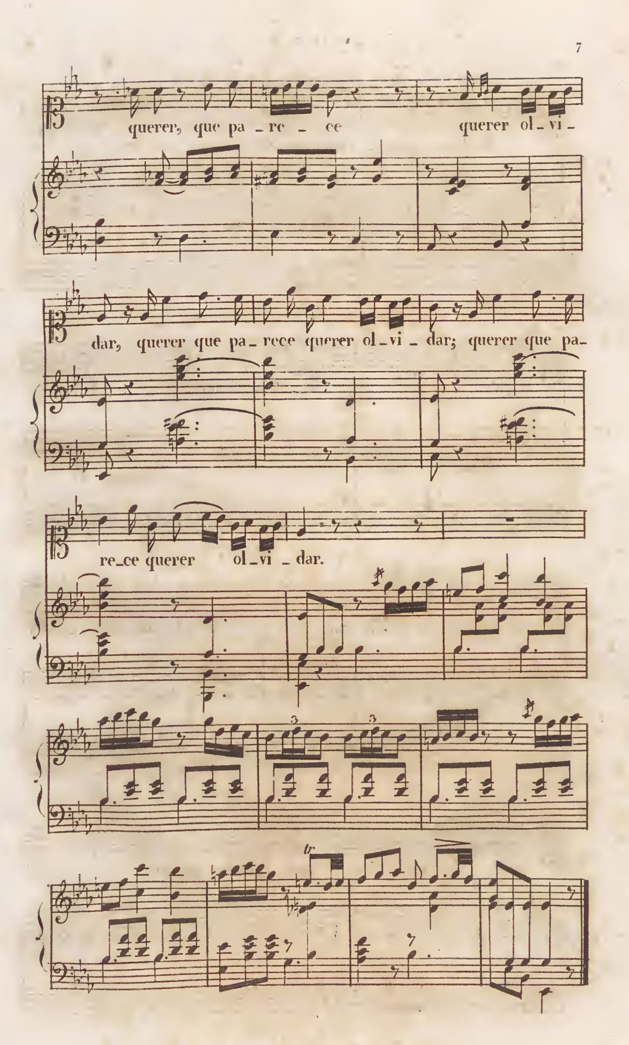
ni el agua ben_di_ta me vie - nes á

dar. Di_ces que me quie - res,

á la vis_ta es_tá y me estás a_

san - do con tu fri - al - dad.


Si detus par _ ti _ _ das me_lle go áque
jar, sa _ les conque es todo
por di _ si _ mu _ lar. Re_nie _ go del
al _ _ ma que pueda aguantar


querer, que pa _ re _ ce querer ol _ vi _
dar, querer que pa _ rece querer ol _ vi _ dar; querer que pa _
re _ ce querer ol _ vi _ dar.
tr


PAPELES
VARIOS.
147

